
Javier Oliva

LO QUE NO PUDO SER



Editorial LEDORIA

J M R

1

LA MUJER ENTORNA CON SUAVIDAD LA PUERTA DEL DORMITORIO. DURANTE UNOS SEGUNDOS DEJA ABIERTA UNA RENDIJA PARA COMPROBAR QUE la respiración de su madre es pausada. Sabe que ya le ha hecho efecto esa pastilla que lleva décadas tomándose para poder conciliar el sueño. Verla tendida en la cama le hace sentir por fin tranquila. Un leve suspiro de alivio se abre paso entre sus labios mientras tira del picaporte y la deja sola descansando.

Antes de dirigirse hacia las escaleras se asoma a la habitación de su hijo, un joven que apenas sobrepasa los veinte años. Su torso exhibe esa delgadez mal dibujada que tienen aquellos a los que les cuesta salir de la adolescencia.

—¿Dónde está Ágata?

—Debe de estar a punto salir de la ducha.

—Espero que no se entretenga. La cena estará preparada en unos minutos.

Nada más entrar en la cocina, echa un vistazo al horno donde se está terminando de cocer una *pizza*. Luego extiende un mantel limpio sobre la mesa. De la alacena saca tres platos y los reparte bajo el círculo de luz que proyecta una lámpara descascarillada que cuelga del techo. Al instante aparece Isaac peinado de manera impecable. Se ha vestido con una ligera sudadera negra y pantalones de pijama. Madre e hijo se sientan uno frente al otro pero no se miran. Ella tiene los ojos atrapados en un lugar indeterminado de la habitación. Él no puede apartarlos de la pantalla de su teléfono.

La alarma del horno tintinea en el mismo momento en que la muchacha llega descalza a la cocina. Es solo dos años menor que su hermano. Cubre su cuerpo con una larga camiseta de tirantes que le cae hasta las rodillas. La mitad de su cabellera está rapada como si fuera un soldado de infantería. Por el contrario, en el lado izquierdo le crece una melena larga y teñida de azul eléctrico que resbala húme-

LO QUE NO PUDO SER

da hasta su hombro. En silencio, escoge un paño de los que se amontonan junto al fregadero, saca la cena del horno y deja la bandeja en el centro de la mesa. Bajo la tibia luz amarilla brillan los *piercing* que le atraviesan una ceja, el tabique de la nariz y la oreja derecha por siete veces.

—Vuestra abuela ya está dormida —murmura la mujer como si la información no interesara a nadie—. Ha caído rendida.

—Hoy nos despertamos muy temprano —le aclara el chico comenzando a trocear la *pizza* con un cuchillo giratorio.

—¿Todavía queríais estirar más el tiempo tras dos semanas de vacaciones con ella?

—No podíamos desperdiciarlo, mamá —se queja Ágata con desgana mientras alza el plato para que Isaac le sirva un pedazo—. Aún no teníamos comprados los billetes de vuelta.

—No me puedo creer que os fuerais de aquí sin tener cerrado el regreso —farfulla—. ¿A quién se le ocurre...?

El sonido del timbre interrumpe su reproche, una campana clásica a dos tonos, *ding-dong*. La mujer ha pegado un respingo. En realidad, los tres se han sobresaltado. Ágata hace intención de levantarse pero su madre la sujeta suavemente por el brazo. Después abandona la mesa, recorre el pasillo que lleva a la entrada y enciende el farol del porche. Precavida, examina el exterior a través de la mirilla. Al otro lado del estrecho jardín, tras el enrejado que lo separa de la calle, distingue una figura carcomida por la penumbra. Se parece al vecino que vive dos casas más abajo aunque no está segura de que se trate de él. Antes de abrir la puerta mira el reloj en su muñeca. Van a dar las nueve de la noche. Cuando siente a sus dos hijos acercarse por la espalda, la mujer se decide a liberar el cerrojo.

Ante ella encuentra a un hombre que ya ha cumplido los cincuenta. Piensa que conserva buena planta para la edad que tiene. Cabellos canosos, escasos, cortos pero bien peinados con raya a un lado. Viste un pantalón verde oscuro y una chaqueta tostada. La camisa es blanca. No lleva corbata. El visitante muestra una actitud amable aunque no sonríe. Ella tampoco lo hace. Se limita a arquear sus cejas esperando quizá un saludo. Pero él, antes de hablar, introduce su mano en el bolsillo izquierdo de la americana, saca una pequeña cartera negra y eleva su brazo sobre la valla. Parece que está mostrándole una placa dorada en una de las solapas.

JAVIER OLIVA

—Buenas noches, señora. Soy el inspector Eduardo Larriba, de la policía. Le ruego me disculpe por presentarme en su casa a estas horas. Si me permitiera pasar...

La mujer pulsa el interruptor que hay junto al marco de la puerta y desbloquea la cancela. El hombre cruza el jardín y sube los dos escalones que llegan hasta el porche. Una vez frente a ella le muestra nuevamente su identificación, esa placa del Cuerpo Nacional de Policía que refleja la luz mortecina del farol que ahora cuelga sobre él. Cuando considera que la mujer ha verificado sus credenciales, curva la palma de su mano y cierra la cartera con un golpe enérgico.

—¿Vive aquí doña Teresa Vivar Becerra?

—Sí, es mi madre —responde con gesto circunspecto.

—¿Podría hablar con ella?

—Está dormida. Llegó de viaje hace dos horas. Venía muy cansada. Se dio un baño caliente, bebió un vaso de leche y se acostó.

—¿Y no podría despertarla? —le ruega el policía.

La mujer le franquea la puerta y le invita a pasar al recibidor.

—Mi madre toma un sedante todas las noches. Si se levantara ahora, no estaría en condiciones de mantener una conversación.

—Entiendo... —barrunta él mientras saca una pequeña libreta que esconde en uno de los bolsillos interiores de la americana.

—¿Ocurre algo? —se interesa la mujer.

—¿Cómo se llama usted?

—Soy África Zárate.

El policía apunta el nombre con un pequeño bolígrafo metálico y lee algunas notas que hay escritas varias páginas atrás. Luego se fija en ella. Calcula que ha pasado los cuarenta y cinco. Media melena oscura, con seguridad ayudada por el tinte. Ojos grises de aspecto cansado y mirada inteligente. Rostro con rasgos suaves, atractivos pero no en exceso.

—¿Conoce usted a una mujer que atiende por María Teresa Escribano Cortés?

África duda entrecerrando los párpados antes de negar meneando la cabeza.

—¿Y a un tal Arnaldo Etxeberria Olaizola?

—Tampoco.

—¿Está segura?

—Tengo buena memoria. Soy profesora de Literatura en el institu-

LO QUE NO PUDO SER

to que hay a pocas manzanas de aquí y no olvido los apellidos de mis alumnos aunque hayan terminado sus estudios hace años.

Larriba ladea el cuello con cierto asombro.

—Por último, señora Zárate: ¿sabe de alguien llamado Martín Barrera?

—Lamento no poder ayudarle —se disculpa—. De todas formas, si me dijera por qué quiere hablar con mi madre...

—¿Son sus hijos? —le interrumpe dirigiendo una de sus cejas hacia ellos. África responde con un gesto afirmativo—. ¿Les resulta familiar alguno de estos nombres?

Isaac y Ágata se azoran. Ninguno de los dos esperaba que el inspector también se fuera a dirigir a ellos. Al igual que la mujer, niegan conocerlos.

—Hasta su jubilación, de esto se van a cumplir diez años —el inspector consulta su libreta; parece que está hablando para sí mismo—, su madre estuvo contratada como personal administrativo en una empresa estatal de gestión de residuos. ¿Estoy en lo cierto?

África asiente expectante.

—¿Cree que podrían resultarle conocidos esos nombres?

—No lo sé, inspector. ¿Se trata de algunos de los que fueron sus compañeros de trabajo?

Larriba hace caso omiso a la pregunta mientras continúa leyendo sus notas.

—Su madre se está tratando una insuficiencia renal, ¿verdad?

—Lleva más de media vida haciéndolo.

—¿A dónde acude para cumplir con sus revisiones?

—Al Hospital de La Caridad.

Larriba alza la manga de su chaqueta para mirar su reloj.

—Señora Zárate, aún no son las nueve y necesitaría hablar con ella, aunque solo fuera un instante.

—Está profundamente dormida. Yo misma lo he comprobado hace unos minutos. Se despertaría desorientada. ¿Qué ocurre? ¿Es algo grave?

—En absoluto —niega Larriba aunque su rictus descubre un asomo de contrariedad—. ¿Tienen ustedes un momento para contestar a unas pocas preguntas?

La mujer acepta en silencio y los cuatro se trasladan al salón. Una antigua araña ilumina la estancia que preside un tresillo de finales

JAVIER OLIVA

del siglo pasado. Junto al ventanal que se abre al jardín hay una librería de madera repleta de ejemplares. Sobre sus estantes también hay adornos y algunos marcos con fotografías.

África ofrece al inspector sentarse en una de las butacas. Larriba rechaza la cortesía, pero ella persevera hasta que por fin acepta. Todos toman asiento. La mujer lo hace frente a él. Se muestra tensa. Sus hijos ocupan los extremos del sofá.

El policía relee los apuntes de su libreta durante unos segundos. Su expresión ahora es opaca.

—Su madre es viuda, ¿verdad? —se dirige a África, que se lo confirma de inmediato—. ¿Cuál era el nombre de su padre?

—Armando Zárate Ugarte.

—¿Cuándo falleció?

—Hace cuarenta y siete años. Murió poco antes de que yo naciera, en un accidente.

—Vaya... Lo siento. No tuvo entonces oportunidad de conocerle —dice mientras escribe en el margen de la hoja que está repasando—. ¿Su madre volvió a casarse?

—No.

—Debe de ser muy duro crecer sin la figura de un padre, o de un marido.

—¿Ocurre algo, inspector? —ataja África, que da muestras de intranquilidad mientras se revuelve en su butaca—. ¿Hay algún problema con mi madre? Le agradecería que se dejara de rodeos y me explicara a qué viene todo este interrogatorio.

—Al principio de nuestra conversación me ha dicho que su madre acababa de regresar de un viaje. ¿Dónde estuvo?

—En Gran Canaria. Ha pasado allí dos semanas con mis hijos.

—¿Dónde habéis ido exactamente con vuestra abuela? —se dirige de improviso a ellos con tono inquisitivo, desafiante.

Los dos hermanos vuelven a sentirse incómodos y cruzan una mirada que dura un chispazo. La actitud paciente del funcionario les atraviesa como un estilete, una reposada perseverancia que resulta demoledora.

—A Marruecos —se precipita vencido el muchacho tras unos segundos de silencio.

—¿Marruecos?! —exclama África sin poder disimular su desconcierto.

El policía la observa de soslayo.

LO QUE NO PUDO SER

—Señora Zárate, ¿acaso ignoraba el lugar donde ha viajado su madre?

Ninguno de los tres se atreve a responder.

—¿Me está dando a entender que no lo sabía? No es buena idea mentir a un policía.

—Ella dijo que se iban a la isla de Gran Canaria —se excusa antes de mirar a sus hijos con un mohín de indignación.

—¿Iban...?

—En un principio era nuestro destino —contesta con premura Isaac. Apenas le sale un hilo de voz por la garganta—, pero la abuela cambió de opinión y acabamos yendo a Marruecos.

—¿Así, de repente?

A juzgar por su expresión enojada, África parece apoyar la pregunta del policía aun con más fuerza.

—Lo decidió ella a última hora.

—Y ustedes dos la acompañaron sin más, sobre la marcha.

—Es nuestra abuela. No podíamos negarnos.

Larriba alza las cejas con suspicacia.

—Entiendo, ella trataba de darles una sorpresa demasiado tentadora como para rechazarla —intuye el hombre mientras guarda su libreta en el bolsillo—. Marruecos es un país bonito. ¿Lo habéis pasado bien?

—Estupendamente —sentencia Ágata, que parece no acusar el abordaje tanto como su hermano mayor.

—Un viaje apacible, sin sobresaltos, sin nada que destacar, ¿verdad?

Los dos hermanos vuelven a hablarse en silencio.

—Así es —contesta Isaac tratando en vano de aparentar un aplomo que no posee.

África se levanta sin poder ocultar cierta desazón.

—Perdone que le interrumpa, pero no creo que las vacaciones de mi madre sean el motivo de su visita.

—Quizá lo sean, señora Zárate, aunque esa es una cuestión que solo debo tratar con ella.

—¿Y es tan grave como para que se presente en mi casa a estas horas?

—Pensé que aún estaría despierta.

—Si no va a explicarse, le agradecería que volviera en otro momento.

—Por favor, no pierda usted la calma.

JAVIER OLIVA

—¡No es para menos, inspector! ¿En qué clase de asuntos puede estar mezclada una señora de setenta y cuatro años que lo único que ha hecho en la vida ha sido trabajar como una mula para sacar adelante a una hija sin ayuda de nadie? Que se haya ido de viaje a escondidas con sus nietos solo debería molestarme a mí -protesta fijando sus ojos grises en los del policía.

Impasible, Larriba le sostiene la mirada antes de responder.

—Créame que comprendo su enfado, pero no hay motivo para que eleve el tono.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Hay un policía en mi salón a las nueve de la noche que quiere interrogar a mi madre como si se tratara de una delincuente. Le aseguro que es incapaz de hacer la más pequeña de las maldades —le replica tratando de dominarse.

—Yo no podría asegurarlo. No la conozco.

—Pues ya le resuelvo yo sus reparos, porque es del todo inconcebible que piense algo así de ella.

Ahora es Larriba quien clava sus ojos en los de la mujer.

—Le honra poner la mano en el fuego por su madre. En definitiva, es lo que se espera de una hija. Pero, fíjese: en mi trabajo aprendemos que existen crímenes que nunca se esclarecen porque hay gente, en apariencia corriente, que guarda secretos inconfesables, ese tipo de personas que a nadie se le pasaría por la imaginación...

—¡¡Hasta aquí hemos llegado, inspector!! —y se planta decidida frente a él—. Lo que acaba de insinuar es inaceptable y muy considerado por su parte.

—No quería molestarla.

—¡Pues lo ha conseguido! Ha sido usted un impertinente.

El inspector se levanta de la butaca con fingida pesadez y encamina sus pasos hacia el recibidor. Una vez allí se detiene antes de que África abra la puerta.

—Volveré mañana temprano. Por favor, cuando su madre se despierte, dígame que no abandone la casa bajo ninguna circunstancia hasta que yo llegue.

—Así lo haré, pierda usted cuidado -le recrimina mientras gira el picaporte—. Comprenda que no puede presentarse aquí y acusar veladamente a mi madre quién sabe de qué.

El policía camina con parsimonia hasta el primer escalón del porche y se vuelve hacia ella.

LO QUE NO PUDO SER

—Duerma usted tranquila. El testimonio que quizá me ofrezca su madre puede resultar clave para dar algo de luz a varios casos que están sin resolver, algunos ya muy lejanos en el tiempo, casi olvidados. Sin embargo, hay otros que son demasiado recientes.

—¿Recientes? ¿No puede ser más concreto? —le espeta África a punto de perder los nervios.

—De hace muy pocos días, señora Zárate, justo antes de que su madre, curiosamente, decidiera ocultarle que se disponía a viajar a Marruecos.

2

ÁFRICA ESPERA A QUE EL POLICÍA CRUCE EL JARDÍN Y CIERRE LA CANCELA. LUEGO SE VUELVE HACIA SUS HIJOS Y LES ORDENA REGRESAR A LA COCINA. UNA vez sentados a la mesa, el silencio se espesa hasta que la mujer lo rompe como si su paciencia se hubiera resquebrajado.

—¿De verdad habéis estado estas dos semanas en Marruecos?

—Sí, mamá —responde Ágata, para quien el interrogatorio del inspector, y ahora el de su madre, no parecen haberle quitado el hambre a juzgar por cómo devora su porción de *pizza*.

—¿Sí, *mamá*? ¿Únicamente “sí, *mamá*”? —se desespera—. ¿Podéis explicarme qué ocurrió con el viaje que teníais previsto realizar los tres a Gran Canaria?

Los hermanos se hablan sin palabras antes de que Isaac se decida a abrir la boca.

—La abuela nunca pensó ir allí. Ni siquiera hizo las reservas.

—¡No me lo puedo creer! Me mentisteis —les acusa con dureza mientras se aprieta una mano contra la otra—, y ahora habéis mentido también a ese policía.

—A él sí le hemos dicho la verdad. Fuimos a Marruecos.

África inspira profundamente tratando de no perder los nervios.

—Vayamos paso a paso: ¿sabéis por qué ese inspector quiere hablar con la abuela?

—No tengo idea —responde Isaac. Su hermana le apoya alzando los hombros—. ¿Y tú, mamá?

—¡Yo qué voy a saber! —les espeta mirando hacia todos lados sin fijar la vista en ninguno—. Ese hombre ha hablado de ella como si fuera sospechosa de un crimen. ¡Es inaudito! —y aguarda una réplica que no llega—. ¿Ha ocurrido algo durante vuestro viaje? Y no me digáis ahora que no ha pasado nada, que a ese policía le podréis tomar

LO QUE NO PUDO SER

el pelo pero yo he visto perfectamente cómo os vigilabais de reojo antes de contestar a sus preguntas.

—No hay nada que explicar —trata de zanjar Ágata con la boca llena, pero su madre da una palmada en la mesa.

—¡¡No me tratéis como si fuera tonta!! No solo soy vuestra madre y os conozco como jamás nadie podrá llegar a hacerlo, sino que además estoy harta de bregar en las aulas con adolescentes desquiciados desde hace más de quince años —y tras una pausa, descubre que sus hijos se interrogan con la mirada una vez más—. No pensaréis que es normal decir que os vais de vacaciones a un lugar para luego, ¡sin avisar a nadie!, acabar en otro, sin billetes, sin horarios, ¡a la aventura! Y ahí no acaba todo: nada más llegar de viaje, aparece un policía haciendo preguntas de lo más peregrinas. Esto es un asunto muy serio. ¿Me queréis decir de una vez qué está pasando?

Isaac hace intención de comenzar a hablar pero su hermana se anticipa.

—Todo comenzó la noche que iba a escaparme de casa.

—Pero, ¿qué estás diciendo?!

—Sí, mamá, había decidido a irme con mi amiga Lara a ese festival de música electrónica al que nunca me dejás ir. Después de todo un verano encerrada en esta casa y lidiando con tus paranoias, creí qu...

—¡Ágata, cuida tus palabras!

—Espera, mamá, por favor —le pide mientras airea su melena azul intenso para que pierda humedad—. Necesitaba ir con Lara al festival para estar cuatro días perdida en mitad del campo haciendo lo que me viniera en gana.

—¡Ya lo haces aquí! No sé a qué viene tanto dramatismo.

—No me iba a ir para siempre. Y te pensaba llamar tan pronto llegara.

—Esa excusa es del todo inaceptable.

—Ahora no importa mamá. Eso fue hace casi tres semanas y las cosas han cambiado.

—¿En qué? —se enrabieta África.

—Esa noche salí de mi habitación de puntillas con la mochila preparada. Pasaban ya varios minutos de las doce. Bajé las escaleras con cuidado de no hacer ruido y atravesé el jardín para saltar la cancela. Mi huida se torció cuando alguien me chistó desde arriba. Al girarme encontré a la abuela apoyada en la barandilla de su balcón mientras fumaba un cigarrillo.

JAVIER OLIVA

—¿La abuela estaba fumando? Por favor, Ágata, no te burles de mí —murmura entre dientes ahogando una risa agria.

—La abuela fuma, mamá —corrobora Isaac—, solo un cigarrillo por la noche. Nunca la hemos descubierto porque lo hace en el balcón de su dormitorio y a esas horas estamos todos dormidos. El poco olor a tabaco que le pueda quedar prendido al cuerpo se lo quita por la mañana en la ducha.

—La abuela tiene una insuficiencia renal. No puede fumar. Imposible.

—Hay muchas cosas imposibles que ninguna abuela podría hacer excepto la nuestra —continúa Ágata.

—¿Como cuáles? —y se encara con su hija—. ¡¿No tendrán nada que ver con las preguntas del policía...?! ¿Qué sabéis vosotros de lo que busca ese inspector? ¡Me estáis volviendo a ocultar algo!

—Todo es mentira y verdad a la vez —trata de apaciguarla.

—¡Basta ya de tonterías, Ágata, que no está el horno para bollos!

—La abuela me descubrió saliendo a hurtadillas de casa con el petate al hombro porque aún no debía de haberse tomado la pastilla para dormir. Me preguntó a dónde iba a esas horas escapando como un ladrón en medio de la noche. Le dije que me marchaba a casa de una amiga para coger un autobús al día siguiente temprano y vivir una aventura. No le desvelé mi destino para evitar alarmarla. Piensa que todos los jóvenes bebemos y nos drogamos hasta perder el conocimiento en esos conciertos de música demoníaca.

—Razón no le falta —corrobora África impaciente.

—Tranquila, mamá —y le toma una mano con cariño.

—Pero, ¿cómo quieres que lo esté si me estás confesando que te estabas fugando de casa? —se queja librándose de ella con una sacudida—. La culpa es mía, que he dejado que te convirtieras en una chica rebelde, intratable y egoísta. Tenía que haberte metido en cintura mucho antes, pero ya sabes cómo era tu padre, que llevaba la permisividad por bandera hasta que nos abandonó. ¿Es lo único que has aprendido de él, a escapar sin despedirte?

—Ahora no merece la pena lamentarse —y le vuelve a tomar la mano, pero la madre se suelta de nuevo. Conoce muy bien los juegos de su hija—. Al principio no hice caso a la abuela y abrí la cancela. Entonces me pidió que no fuera tonta y me quedara donde estaba. Se la notaba algo nerviosa.

LO QUE NO PUDO SER

—En ese momento aparecí yo —interviene ahora Isaac—. Había estado leyendo hasta tarde y escuché desde mi cuarto cuchichear a la abuela. Me dirigí a la habitación de mi hermana para avisarla de que estaba hablando sola pero la encontré vacía. Entonces bajé a la cocina y descubrí a Ágata en el jardín. Cuando abrí la puerta de la calle, por poco se cae al suelo del susto. ¡Tenías que haberla visto, mamá! Se imaginaba que eras tú quien la había sorprendido, pero a esas horas roncabas plácidamente en tu cama.

—Es que no me puedo creer lo que está pasando. Mi hija quiere fugarse de casa... Mi madre fuma y me miente para irse de rondón a Marruecos... Y un policía quiere hablar con ella... —musita África mientras se arroja la cabeza entre las manos—. ¿Y qué hacías tú despierto, Isaac? ¿Es que no podéis seguir un horario como las personas normales? Si hubiera sabido que ibais a hacer más caso a la abuela que a mí, le hubiera encomendado vuestra educación. Aunque, visto lo que habéis hecho estas dos semanas, mentirme de esa manera descarada, mis hijos y, ¡oh, por Dios!, mi propia madre... —y domina la ansiedad que le trepa por la garganta—. ¡Bah!, hubiese dado lo mismo. Ahí os tenéis a los dos, tan distintos como la noche y el día, que lo único que tenéis en común es vuestra dependencia de esos teléfonos, la una para criticar todo lo que le viene en gana y el otro para meterse en la cabeza lo que sale publicado en esos sitios qu...

—Me interesa todo, mamá —se enorgullece Isaac—. No podrás quejarte de mí. He acabado el tercer curso en la facultad de Historia con unas magníficas calificaciones. En un mes comenzaré mi último año.

—Sí, Isaac, pero pasas demasiado tiempo con el hocico pegado a una pantalla mientras buceas en unas redes sociales que nadie entiende.

—Lo mismo le achacó la abuela cuando le vio aparecer esa madrugada en el jardín —les interrumpe Ágata—, que dejara sus obsesiones a un lado y le prestara atención.

—Ninguno de los dos salís demasiado y, cuando lo hacéis, es para volver a esconderos de inmediato en vuestra madriguera como comadrejas —nos achacó la abuela dándole una última bocanada a su cigarrillo. Luego lo introdujo en un frasquito de cristal de esos donde se envasa la mermelada y lo escondió en una de las jardineras de su balcón—. Ágata, si en verdad quieres vivir una aventura, ¿por qué no te vienes conmigo de viaje?

JAVIER OLIVA

—¿Un viaje contigo? ¿A dónde me llevarías, a El Escorial? —ironicé. Debí de poner un gesto bastante gracioso porque tuvo que reprimir una carcajada.

—El destino no tiene por qué importarte. Si quieres vivir una aventura, yo te ofrezco una auténtica, lejos de aquí.

Ahora es África quien le tapa la boca a su hija para que le deje hablar.

—Me estáis mintiendo. La abuela jamás ha salido de España. Nunca ha mostrado interés por conocer ningún otro lugar que no fuera la playa cuando todavía podíamos ir de vacaciones. Además, le da pánico el avión. Haced memoria. Siempre ha dicho que sería incapaz de meterse en una lavadora que vuela. ¿O acaso me equivoco?

Ágata alza los hombros por toda respuesta.

—Creo que hace dos semanas no caíste en la cuenta de que la única manera de viajar a las Islas Canarias es en avión —le rebate Isaac.

África chasca la lengua.

—Tienes razón —admite—, pero de ahí a elegir Marruecos para salir por primera vez del país...

—Por segunda vez —le corrige su hijo—. Fue lo que dijo ella cuando nos convenció para subir a su dormitorio y continuar allí la conversación.

África observa las paredes de la cocina como si escondieran la salida al laberinto en el que se siente perdida.

—Tenéis que confiar en mí. Me gustaría compartir esta experiencia con vosotros —nos susurró la abuela una vez cerramos la puerta de su habitación—. ¿Cuándo os he fallado?

—Ya sabes cómo es tu madre si se obceca en conseguir algo, que no hay quien la haga descarrilar —le dice Ágata pasándose la mano por la parte de la cabeza donde apenas deja crecer el cabello—. Nos hablaba con tal entusiasmo, con tanta convicción, que no pudimos negarnos por mucho que pensáramos que había perdido la razón.

—A veces es tan impulsiva como una chiquilla de quince años —barrunta África con pesar—, pero lo que me decís roza la demencia.

—No sabíamos si estaba de guasa —le asegura Isaac—, así que le pregunté a dónde nos quería llevar.

—A Marruecos —respondió como si le diera miedo o vergüenza pronunciarlo.

—¡Buah! —se quejó Ágata—. Abuela, si te aterrera el avión...

LO QUE NO PUDO SER

—Ssshhh... No iremos en avión. Viajaremos por tierra desde aquí y cruzaremos el Estrecho en barco.

—¡Pues vaya una aventura! —se volvió a quejar mi hermana—. ¿Y por qué no vamos a Londres, a París, a Roma...? ¡A Nueva York! Son lugares más interesantes que ir a ver dos mezquitas y cuatro moros.

—Tenéis que ayudarme. Tengo que volver a Marruecos

—¿Volver?

Entonces sí nos extrañamos.

—Sí, volver —y se sentó en la cama mientras nosotros nos quedábamos de pie frente a ella—. Hoy me he enterado de que Maquiavelo ha muerto.

—¡Por Dios, abuela! Ese hombre murió hace cuatro o cinco siglos —le dijo Isaac. Acto seguido, como puedes imaginarte, consultó su teléfono.

—Y yo te digo que murió ayer —nos aseguró mientras cerraba un periódico que, hasta ese momento, permanecía abierto junto a ella sobre la cama. Luego se dedicó a darle golpecitos con la palma de la mano como si sus páginas encerraran la explicación a tal desatino.

—La abuela ha comenzado con los primeros síntomas de Alzheimer —se lamenta África absorbiendo las palabras.

—Nosotros también pensamos que se le había ido la cabeza. Pero pierde cuidado, que está estupenda —trata de reconfortarla su hija mientras toma su mano por tercera vez. Ahora consigue retenerla porque a su madre se le ha escapado una lágrima.

—Si tan bien está, ¿por qué dijo que acababa de morir Maquiavelo? Hasta los zotes de mis alumnos saben que falleció en 1527. ¿Y qué tiene que ver con Marruecos? ¡Él era Florentino!

—Es que hay otro Maquiavelo.

—¡Ágata, por favor!

—A la mañana siguiente, mientras la abuela desayunaba, subí a su habitación y ojeé aquel periódico buscando noticias y artículos que dieran peso a sus palabras. Incluso leí uno a uno los nombres que formaban la lista de defunciones ocurridas durante el día anterior en Madrid, pero no encontré referencia alguna a ningún Maquiavelo.

—¿Y no se os pasó por la cabeza decirme nada de todo lo que estaba ocurriendo? Es un acto de irresponsabilidad. Sois unos desaprensivos —les acusa su madre—. ¡Y no me miréis así! Os ibais a ir de viaje con una enferma.

JAVIER OLIVA

—No podíamos desaprovechar la oportunidad de salir de casa después de haber pasado el tercer verano consecutivo en Madrid —se defiende su hija.

—¡Inconcebible! —rabia África.

—Partiremos pasado mañana —nos anunció la abuela esa noche.

—¿Pasado mañana? —se asombró Isaac—. Abuela, para viajar a Marruecos se necesita pasaporte y tú no lo tienes.

—Lo solicité ayer y, desde hoy al mediodía, está guardado en mi bolso —nos reveló—. Es hora de que os vayáis a la cama porque únicamente tendréis veinticuatro horas para preparar vuestro equipaje. No hay tiempo que perder.

—¿De verdad se había sacado el pasaporte? —pregunta África incrédula—. ¿No había ido a la peluquería?

—Nos aseguró que le había dado tiempo a todo —explica Isaac—. En cualquier caso, a ninguno de los dos nos producía demasiado entusiasmo su propuesta.

—Tengo que encontrar un lugar perdido —nos tentó como si fuéramos unos críos.

—Pero abuela, si no existe un rincón en todo el planeta que no haya sido explorado, si donde no ha llegado el hombre lo ha hecho un satélite...

Ella nos pidió calma y ordenó que nos acercáramos hasta la cama.

—Necesito ir en busca de mi vida —susurró.

—¿Su vida? ¡¿Qué vida?! —se espanta África.

—Fue lo mismo que le preguntamos, pero ella solo añadió que se iría con nosotros o lo haría sola, que lo mismo daba, que estaba decidida, que tú estarías encantada de perdernos de vista dos semanas.

—¡Todo este cuento es un sinsentido de principio a fin! —se exaspera la mujer—. ¡¿Vais a contarme la verdad de una vez?! ¿Tenéis algún problema con las drogas? ¿Lo tiene la abuela? Si en verdad está fumando a escondidas y ha querido visitar Marruecos... ¡Ay, no quiero ni pensarlo! Y esos nombres por los que ha preguntado el policía, ¿no serán narcotraficantes? A ver si ese tal Maquiavelo va a ser uno de ellos.

—No elucubres mamá, que todo es mucho más sencillo de lo que piensas.

—No me trago una sola palabra. Me mentisteis porque os ibais a ir a Gran Canaria y terminasteis bajando al moro. ¿Por qué tendría que fiarme ahora de vosotros?

LO QUE NO PUDO SER

—Porque fue tu madre quien te mintió.

—Pero vosotros la encubristeis. Ahora me explico por qué, durante vuestra fuga, porque esto ha sido una fuga en toda regla, me decíais de uvas a peras que había poca cobertura telefónica y así evitabais llamarme. Os limitabais a enviarme mensajes asegurándome que lo estabais pasando en grande.

—Fue la abuela quien nos pidió que mantuviéramos el viaje en secreto —le aclara su hija—, que te enviáramos fotografías de las playas que encontráramos en Internet para que estuvieses tranquila.

—Así que, cuando os preguntaba cómo estaban resultando vuestras vacaciones, los dos me toreabais hablando de lugares de la isla que ni siquiera conocíais. Sois unos mentirosos.

—No, mamá, te repito que fue la abuela quien mintió -remacha Ágata.

—Mi madre no miente.

Los hermanos se miran y es Ágata quien se decide a hablar después de un mudo intercambio de impresiones con Isaac.

—Tienes razón. La abuela no miente. En realidad, ahora sabemos que toda ella es una gran mentira.

3

ÁFRICA NECESITA UNOS MINUTOS PARA ASIMILAR LA DEMOLEDORA SENTENCIA QUE ACABA DE PERFORAR SUS OÍDOS. ISAAC Y ÁGATA GUARDAN silencio. Han decidido concederle una tregua, sí, también a ellos mismos. Los dos hermanos no cesan de encontrarse con los ojos mientras su madre mantiene la mirada en el plato tratando de digerir lo que está ocurriendo esa noche en su cocina.

—Tenía que haberme dado cuenta de que aquel viaje era una pantomima —acepta la mujer a regañadientes—. ¿Cómo no pude sospechar que estabais tramando un plan a mis espaldas, cuando así, ¡de repente!, os pusisteis de acuerdo para marcharos los tres juntos? Si acepté todo aquel desvarío fue porque Isaac no tiene que ir a la universidad hasta final de mes. Y porque tú, Ágata, no tienes intención ni de retomar tus estudios ni de buscar trabajo —y deja escapar un quejido—. En el fondo soy demasiado blanda con vosotros.

—No te culpes. En alguna ocasión, a la abuela también le da por hacer locuras —trata de apaciguarla su hija abandonando la mesa para sacar del frigorífico una botella grande de cerveza—, como cuando se empecinó en colaborar como voluntaria en esa asociación que, año tras año, recibe a niños saharauis en España para pasar las vacaciones.

África no puede evitar mostrar una tibia sonrisa.

—Se la ve muy ilusionada cuando llega el momento de entregarlos en el aeropuerto a sus familias de acogida, ¡tanto!, que parece que solo tiene tiempo para ellos. Pero ahora se ha pasado de la raya cruzando el Estrecho. Jamás supuse que iba a salir de España.

—Bueno, ya es mayorcita para dar explicaciones —banaliza Ágata mientras sirve los vasos.

—Tú misma lo has dicho. La abuela va cumpliendo años. No es ninguna jovencita, pero lo que más me duele es que se marchara con vosotros sin decirme a dónde os dirigíais. ¡Todavía no me lo acabo de

LO QUE NO PUDO SER

creer! Hasta ahora estaba segura de que el lugar más alejado de esta casa al que había ido jamás era Zahara de los Atunes. ¡Qué empeño en que fuéramos hasta allá todos los veranos! ¡Y anda que no hay playas más cerca! Si no le llevé nunca la contraria fue porque allí se la veía feliz. No había quien la moviera de la arena durante tres semanas. Únicamente consentía salir de excursión si era para visitar Tarifa. Le encantaba contemplar la costa africana desde el castillo de Guzmán el Bueno —y de repente se agita en la silla como si la idea que ha cruzado por su cabeza estuviese electrificada—. ¡¿No se habrá echado un novio por Internet...?! Esas cosas pasan y luego son engaños que utilizan unos desalmados para desvalijar a los incautos, y tu abuela es un alma cándida que se lo cree todo. ¡Dios mío!, ¿no se habrá enamorado de un moro?

Los hermanos ríen con una complicidad que no pasa desapercibida para su madre.

—Aquel mediodía, cuando nos fuimos en taxi a la estación de Atocha, nos cont...

—¡Claro! Ahora entiendo por qué no quisisteis que os llevara al aeropuerto, ¡Os ibais a marchar en tren!

—Mamá, ¡por favor! ¿Nos dejas continuar? —se desespera su hijo.

—La abuela tenía organizado el viaje perfectamente en su cabeza —se atropella Ágata para evitar que su madre vuelva a interrumpirles—. Lo primero que hizo nada más llegar a la estación fue comprar tres billetes de AVE hacia Sevilla. A ninguno de los dos nos importaba que todo aquello fuera, al parecer, fruto de un impulso irrefrenable. No me mires así, mamá. ¿No te das cuenta de que llevábamos tres años sin vacaciones? Tu sueldo y la pensión de la abuela no dan para muchas alegrías. Y de papá ni siquiera sabemos si te paga una asignación o también se escaquea de eso. Lo importante para nosotros era salir de esta casa.

—Se os ha ido la cabeza a todos.

—Nos gustaba ver a la abuela así, tomando la iniciativa de una manera frenética. ¡Ay, si la hubieras visto a qué ritmo cruzaba el vestíbulo de la estación! Caminaba tan ligera que nos llevó con la lengua fuera hasta el andén. No parecía que tuviera setenta y cuatro años —se emociona la muchacha—. Cuando subimos al tren, uno de los revisores se la quedó mirando como si hubiera visto a una de esas actrices americanas que no envejecen. Y es que era cierto. La abuela parecía

JAVIER OLIVA

haber rejuvenecido con ese peinado a lo Jane Fonda, los pantalones vaqueros pasados de moda y el jersey lila que tanto le gusta. Una vez dentro del vagón, me senté junto a ella e Isaac lo hizo enfrente. Fue entonces cuando advertí que, en realidad, estaba muy nerviosa. No sabía qué hacer con las manos, ni con los ojos, ni con el resto del cuerpo. Tan pronto parecía que se había acomodado en el asiento como se revolvía y buscaba una nueva postura —precisa Ágata aireando de nuevo su melena azul—. En cuanto iniciamos la marcha comenzó a parlotear insistiendo en lo bien que lo pasaríamos. Sin embargo, aquel arrebató se le apagó pronto, quizá porque no le hacíamos demasiado caso. De cuando en cuando abría la boca para decirnos algo, pero luego parecía pensárselo mejor y callaba. Durante la primera hora de viaje no dejó de mirar por la ventanilla un instante hasta que llegamos a Ciudad Real.

—Yo la entiendo —le interrumpe África—. Os estoy imaginando a los dos pegados a vuestros teléfonos, cada uno a lo suyo; el uno con sus páginas de Historia y la otra con esa música horrible a todo volumen en los auriculares.

—Sí, mamá, nos conoces muy bien. Admito que, en ese momento, no nos apetecía aguantar ningún sermón de la abuela, ¿verdad? —pregunta Ágata dirigiéndose a su hermano mientras continúa masticando una nueva porción de pizza fría—. Ella siempre ha sido de mucho hablar pero nunca de contar nada en concreto. No es de esas abuelas que te abruman con las batallitas que libraron en su juventud, lo cual es de agradecer, pero también es un poco frustrante que, cuando alguna vez le hemos preguntado algo acerca de su pasado, con frecuencia se ha ido por las ramas. En cualquier caso, después de aquella primera parada, se decidió por fin a confesarnos que ella ya había estado en Sevilla, y no solo en verano cuando hacíamos un descanso camino de las playas de Cádiz, sino antes, mucho antes, cuando era muy joven. Yo creo que su deseo de liberar aquel secreto ante nosotros le producía mucha ansiedad. Así que nos dispusimos a escucharla hasta la siguiente estación. Puertollano tampoco quedaba tan lejos.

—¡Qué considerados! —ironiza África.

—¡Es que todo era muy extraño, mamá! La expresión angustiada de sus ojos no se correspondía con el entusiasmo que se empeñaba en reprimir. Creímos que se merecía un sacrificio por nuestra parte.

LO QUE NO PUDO SER

—¡Toda una renuncia! ¡Media hora sin estar atrapados por vuestros teléfonos!

—Esa tarde comenzó a hablar como si aquello que nos estaba relatando estuviera ya escrito y se lo hubiera aprendido de memoria desde hacía muchísimo tiempo —continúa Ágata sirviendo cerveza en los vasos—. Las palabras le salían como si la boca no fuera suya, como si esa dulzura se hubiera transformado en una energía inesperada que fluía desde su interior.

—Me gusta que empecéis a apreciar lo que vuestra abuela ha hecho por mí y por vosotros. No tengo que deciros que tuvo que comenzar de la nada, joven, viuda y embarazada. Únicamente las personas que tienen una fortaleza de espíritu fuera de lo común consiguen superar retos de ese calibre. Para ella tuvo que ser tremendo criar una hija sin el apoyo y la ayuda de un marido. La incertidumbre en su futuro, en el mío, ¡en su propia vida!, tuvo que resultarle devastador. Alguna vez ha comentado cómo temía el momento en el que yo le preguntara por mi padre. No debió de resultarle fácil. Ya sabéis que solo conozco a vuestro abuelo a través de las dos fotografías que hay en el salón y la otra que tiene ella en su dormitorio.

—Sí, mamá, nos has contado cientos de veces que debía de ser un hombre estupendo —se queja Ágata—. Y la abuela nos ha repetido otras tantas que era muy guapo y que los dos, tanto él como tú, tenéis los mismos ojos. Y viendo esas fotografías, aunque sean en blanco y negro, eso es innegable.

África suspira y mira alternativamente a sus hijos antes de comenzar a recoger los platos.

—Bueno, ¿dónde nos hemos quedado...? ¡Ah, sí! Habíais permitido que la abuela os contara una historia. ¡Espero que salir de viaje con ella haya sido de provecho!

Los hermanos le piden a su madre que se siente. Ya habrá tiempo de llevar los cacharros al fregadero. Es de nuevo Ágata quien toma la palabra.

—La abuela comenzó a contarnos que el abuelo había sido policía municipal y que murió en un accidente antes de que nacieras tú, nada que no supiéramos ya.

—Pero previamente a que llegara aquel día tan triste —continuó con expresión misteriosa para captar nuestra atención—, os voy a contar más acerca de él. Así alcanzaréis a entender la maravillosa persona que era.

JAVIER OLIVA

—No tuvimos más remedio que guardar nuestros teléfonos en el bolsillo de la mochila.

—Todo un logro que yo no he conseguido jamás —machaca África, pero ellos no acusan el golpe.

—Vuestro abuelo nació en San Sebastián —prosiguió—. Las raíces de sus ancestros en el País Vasco se remontaban varias generaciones atrás. Su padre era un hombre humilde que se ganaba la vida como albañil. Harto de subsistir siempre con el agua al cuello, decidió que toda la familia se trasladase a Madrid donde, a finales de los años cincuenta del siglo pasado, comenzaba a proliferar la construcción de grandes bloques de viviendas. Había tanto trabajo que raro era el día que no se partía la espalda catorce horas seguidas entre ladrillos —nos explicaba con un punto de melancolía en la voz—. Mientras se acomodaban al ritmo de una ciudad con aquella actividad frenética, el abuelo cumplía con sus estudios de una manera soberbia. Tras finalizar la enseñanza obligatoria fue admitido en el instituto. Aquello le libró de haberse puesto a trabajar con su padre que, lleno de orgullo, se ilusionó con la posibilidad de ver a su hijo en la universidad. Sabía que le haría falta una beca para afrontar la matrícula, pero estaba seguro de que lo conseguiría. Sin embargo, el abuelo ya tenía otros planes. Lejos de lo que podéis pensar, el resultado de su tesón con los libros desató una tragedia familiar. El mismo día que superó el examen final del Curso Preuniversitario anunció que, no solo se había preparado a un tiempo las oposiciones para ingresar en la Policía, sino que también las había aprobado. Aquel hecho inesperado provocó un verdadero cisma doméstico.

—¿Por qué? —se extrañó Isaac—. Parecía un muchacho modelo.

—Todo tiene su explicación —le respondió la abuela—. En aquella época, no era inusual que muchos jóvenes pusieran sus ojos en el Cuerpo. Significaba un empleo estable y un salario exiguo pero seguro. Además, el riesgo que se corría siendo agente de policía era mucho menor del que puede existir ahora. Franco manejaba el país con mano de hierro y los delincuentes se lo pensaban dos veces antes de cometer cualquier fechoría. Tampoco existía en España el terrorismo como tal a principios de los años sesenta. En cualquier caso, vuestro abuelo ingresó por vocación, porque creía en la justicia y en su capacidad de poder ayudar a los demás. Era, sin duda, un hombre bueno.

LO QUE NO PUDO SER

Y ahora tenéis que perdonarme porque ha llegado el momento de reconocer que nunca he sido totalmente sincera, tanto con vosotros como con vuestra madre —nos anticipó acentuando un deje de intriga—. Es una mentirijilla sin mucha importancia, pero dura ya demasiado tiempo y ahora cobra sentido apechugar con la verdad: el abuelo no era un guardia urbano, un policía municipal como siempre os he dicho, sino que ingresó en el Cuerpo de Policía Armada. Fue aquella decisión la que provocó un enorme disgusto a su padre. La vida no había resultado fácil en el País Vasco desde el final de la Guerra Civil. El ambiente que imprimía el Régimen allí resultaba asfixiante. Tanto la Policía como el Ejército y la Guardia Civil campaban a sus anchas. Además, se había prohibido todo lo que tuviera que ver con el euskera: la lengua, los nombres, las calles... ¡Todo! Y la familia de vuestro abuelo era muy buena gente, personas que solo entendían de tradiciones y no de política. De hecho, estaban relativamente agradecidas porque la contienda terminó allí a los pocos días de iniciarse y los sufrimientos fueron escasos. Pero después, con Franco ya encaramado a la jefatura del Estado, el control, la represión y, en definitiva, la dictadura más atroz se cebó con toda la región. Que su hijo se hubiera pasado al bando contrario para bailar-le el agua al dictador podía considerarse casi una traición.

Dentro de la policía existía una Brigada Político Social que se obsesionaba en buscar personas opositoras al Régimen para recluirlas malamente en penales o, aun peor, plantarlas frente a un pelotón de fusilamiento. Muchos vascos habían soportado palizas por el mero hecho de serlo y hablar en el idioma de sus antepasados. Otros fueron encarcelados en lugares cuyas condiciones resultaban inhumanas, o habían sido asesinados en comisarías y cuarteles. Pero a vuestro abuelo no le importaba la política. Él se había convertido en policía porque le gustaba estar en disposición de ayudar a todos aquellos que lo necesitaran. Con su presencia en las calles quería infundir una seguridad limpia, que no olera a amenazas. Sin embargo, para sus padres no fue razón suficiente. A partir de entonces, su relación se resintió aunque nunca dejó de visitarles una vez al año por Navidad.

Nada más terminar la instrucción le destinaron a Valencia, ocasión que aprovechó su familia para regresar a San Sebastián. El abuelo nunca me reveló si su vuelta fue premeditada o el resultado de una

JAVIER OLIVA

pataleta. Confundido y algo decepcionado, siempre quiso convenirse de que su padre había considerado que su hijo ya tenía asegurado el futuro y dio por terminada su responsabilidad para con él. En realidad, al hombre no le unía nada a la capital. Su sitio estaba de nuevo en Euskadi.

El abuelo pasó dos años largos en Valencia. Sus magníficas aptitudes le valieron para conseguir pronto su traslado a la comisaría que había en el pueblo de Vallecas, muy cerca de Madrid, un lugar que se había convertido al inicio de los años setenta en una de las puertas de entrada para muchos españoles que se acercaban hasta la capital con la esperanza de alcanzar una vida mejor. En aquel entorno desigual y cambiante, donde la mayoría de sus habitantes estaban de paso, la localidad era una invitación a que criminales o fugitivos de carácter político se escondieran entre la población residente y tomaran sus calles como escenario para dar un golpe y luego salir por pies.

Fue allí donde el abuelo alquiló un pequeño piso junto con otros compañeros para compartir gastos. Siempre me dijo que aquella resultó ser una época apasionante. Tenía buen ojo para detectar a los forasteros, ya fueran estas personas de bien o facinerosos con ganas de jaleo. En realidad le gustaba el ambiente de lo que no dejaba de ser un suburbio en los mismos bordes de la gran ciudad. Al mismo tiempo que adquiría experiencia como policía, cumplía con su obligación de tener bajo control la vida en el barrio. En pocos meses se convirtió en un hombre muy apreciado por vecinos y comerciantes. Siempre estaba dispuesto a echar una mano incluso estando fuera de servicio. Lo mismo arreglaba el tenderete de un vendedor callejero que colaboraba en una mudanza o ayudaba a descargar un camión, todo ello sin menoscabo de detener a los maleantes que enturbiaban la vida en el pueblo. Aquella predisposición a mantener la paz le valió honrosas felicitaciones, pero también le supuso ser el centro de una atención que en absoluto deseaba.

En aquellos años, los policías iban vestidos de gris. ¡Ay, qué bien le sentaba el uniforme...! En una ocasión, algún tiempo después de conocernos, estuvimos comiendo con Julián, un compañero del abuelo con el que hizo muy buenas migas nada más llegar destinado a Vallecas. Aunque eran de una edad muy parecida, él había ascendido a inspector de la Brigada Anti Atracos. Le apreciaba mucho. Ese me-

LO QUE NO PUDO SER

diodía, frente a un plato de arroz a la cubana —nunca se me olvidará—, me dijo que el abuelo llegaría lejos porque era inteligente, humilde y, ante todo, buena persona. Aquella actitud le había proporcionado ser respetado, no solo por sus compañeros, sino también por los delincuentes entre los que se encontraban ladrones, carte-ristas, proxenetas o pequeños traficantes.

—Tiene madera de buen policía. De seguir así, se convertirá pronto en mi propio jefe —nos garantizó Julián—. Solo hay que darle tiempo.

Como estáis escuchando, la carrera de vuestro abuelo era más que prometedora. Sin embargo, hubo dos hechos que la truncaron casi de raíz. El primero pasó casi desapercibido cuando se produjo pero quedó ahí, latente, enquistado en aquel aparato horrible que era la BPS, siglas por las que se conocía a la Brigada Político Social, la auténtica policía secreta del Régimen. De forma insospechada, lo que no había sido más que una simple anécdota en su trayectoria, brotó poco después de una manera nociva, como si se tratara de una enfermedad incurable. El segundo acontecimiento casi le segó la vida.

Tendría que haber sido una mañana como otra cualquiera pero la vida nunca te previene de lo que está a punto de ocurrir. Ese día en concreto, invadieron la comisaría sin previo aviso una docena de agentes de aquella policía secreta al mando de un oficial. Buscaban algunos integrantes de ciertas juventudes comunistas cuya cúpula ya había sido desarticulada en la capital hacía unos meses. Los huídos, no solo continuaban burlando las vigilancias y persecuciones a las que estaban sometidos, sino que tenían la osadía de aprovechar la más mínima ocasión para instruir a la población obrera de Madrid con ideas revolucionarias. Lo hacían a través de reuniones clandestinas que presidían representantes exiliados del Partido Comunista, miembros de sindicatos en la sombra y otros simpatizantes destacados de la izquierda proscrita.

Durante los dos días que duró la batida, vuestro abuelo no fue requerido por su superior para participar en aquella caza de brujas en la que se produjeron multitud de detenciones, algunas de ellas pertinentes, la mayoría injustas y poco fundamentadas. Aquel hecho hubiera sido uno más de los que habitualmente ocurrían en aquellos tiempos de sometimiento si no llega a cruzarse fortuitamente en el camino de aquel oficial de la BPS. Se trataba de un hombre que

JAVIER OLIVA

rozaba los cuarenta, enjuto y de corta estatura. Difícilmente alcanzaba el metro setenta. Peinaba su cabellera oscura con un cuidado obsesivo. Muchos aseguraban que pasaba a diario por las manos de uno de los mejores peluqueros de Madrid, pero aquello no dejaba de ser una leyenda dentro del Cuerpo. Lo cierto es que su porte te inducía a pensar que estabas en presencia de un figurín, un tipo con cierto atractivo e impecablemente vestido. En verdad, su aspecto no era más que una fachada remozada, un espejismo. Su reputación de hombre despótico, irónico y cruel producía terror a todos los desafortunados que tenían contacto con él, fuera este un chorizo o un compañero. La sola visión de su chaqueta cruzada con botones dorados, o de aquel pañuelo de seda estampada que, en ocasiones, se anudaba al cuello con discutible elegancia como si se tratara de un marqués, era suficiente para helar la sangre al más osado.

La llovizna que caía sobre Vallecas aquella mañana del mes de mayo resultó ser un mal augurio aunque nadie lo advirtiera. Después de dos jornadas plagadas de registros, los resultados fueron escasos y las conclusiones tan difusas que no cabía interpretación posible. Cuando, de labios de aquel oficial, vuestro abuelo escuchó el nombre de uno de los sospechosos que ya daba por perdido, las ganas de colaborar con la justicia le animaron a pedir permiso para intervenir. Él sabía el paradero de aquel fugitivo escurridizo que había burlado el operativo durante tanto tiempo. Tras ver cómo aquel inspector aceptaba su propuesta sin mostrar entusiasmo alguno, se dispuso a guiar a varios efectivos de la Brigada hasta la chabola donde podría ocultarse el prófugo. Después de una primera intervención durante la cual no encontraron a nadie en el interior, se procedió a examinar a fondo aquella barraca levantada con maderos podridos, deshechos de construcción y uralitas. En presencia del abuelo, fue el propio oficial quien dirigió el registro sin hallar nada de interés. Cuando media hora después apareció el comisario acompañado de varios agentes, aquel hombre orgulloso y altanero acusó a vuestro abuelo de haberle hecho perder su valioso tiempo y solicitó con descaro una sanción ejemplar. El comisario no tuvo más remedio que pedir explicaciones a su agente. Con la educación y buenas formas que le habían granjeado la admiración de todos sus compañeros, el abuelo declaró que, aparte de conducirles hasta allí, nadie le había pedido que colaborara en el registro. Convencido de que su información era

LO QUE NO PUDO SER

fiable, solicitó autorización a su superior —y este al inspector de la BPS sin la cual allí no se atrevían a volar ni las moscas—, para rebuscar entre la inmundicia que se amontonaba entre las cuatro paredes. Pocos minutos después, tras agacharse y observar con detenimiento el suelo de tierra, pidió ayuda a otros agentes para mover dos pesadas planchas de hierro fundido que hacían las veces de piso. Bajo ellas encontraron un gran agujero donde se acumulaban miles de pasquines con propaganda comunista.

Os preguntaréis cómo consiguió aquel hallazgo tras una búsqueda tan breve. En realidad, su éxito no tenía que haberle extrañado a nadie que le conociera. Vuestro abuelo gozaba de una gran perspicacia y capacidad de deducción. Conocía de vista al joven que buscaba la Brigada aunque nunca supo hasta ese momento que se trataba de un activista político. De hecho, siempre había reparado en él como un chamarilero que andaba de aquí para allá con una carretilla donde recogía cartones y papeles para luego venderlos al peso. Sin embargo, aquello no era más que una estratagema que utilizaba el muchacho para transportar y custodiar la propaganda burlando la vigilancia policial. De ahí surgió su hipótesis de que aquella chabola tenía que contener por fuerza un verdadero tesoro para la BPS. Lo que nunca imaginó fue que, bajo aquellos fardos de octavillas, en un hueco anejo, encontraran también al hombre que tanto buscaban. Estaba hecho un ovillo y gritó pidiendo clemencia incluso antes de que un policía secreta le agarrara por el cuello de su raído guardapolvos. Aquella actuación brillante, más que un éxito para él, resultó ser un agravio insalvable para el oficial de la Brigada. No le pasaron desapercibidos los cruces de miradas guasonas entre sus subordinados cuando comprobaron que un simple agente de barrio, perteneciente a la Policía Armada, había dado con la joya de la corona que tanto habían buscado. Quizá por ello no recibió ninguna felicitación por su parte, ni siquiera un apretón de manos. Únicamente sintió el silencio helado que aquel inspector orgulloso dejó pegado a las solapas de su uniforme cuando se alejó camino de su despacho en la Dirección General de Seguridad en plena Puerta del Sol.

Según me confesó tiempo después, aquel desplante no le causó ningún desasosiego. De hecho, olvidó el incidente y continuó con su trabajo hasta que, varias semanas más tarde, mientras hacía la ronda diaria junto a su compañero, el quiosquero del barrio les avisó de

JAVIER OLIVA

que se podía estar cometiendo un atraco en una sucursal bancaria. Según les contó comido por los nervios, hacía cinco minutos que dos hombres habían entrado en la pequeña oficina y, desde ese momento, nadie la había abandonado. Los dos policías se apostaron detrás de un coche que había aparcado frente a la puerta esperando sorprender a los asaltantes cuando aparecieran con el botín. Pese a sus precauciones, los delincuentes ya los habían descubierto a través de la cristalera que daba al exterior. Cuando se decidieron a salir, lo hicieron a tiro limpio mientras emprendían la huida calle abajo en dirección a un colegio que, en ese fatídico momento del mediodía, despedía a sus alumnos hasta la mañana siguiente. Vuestro abuelo no se lo pensó ni un instante. Corrió tras los atracadores al tiempo que les daba el alto a voz en grito para ahuyentar a niños y padres. Iba tan pendiente de evitar una desgracia que, cuando quiso darse cuenta, tenía a los dos ladrones frente a él apuntándole con una escopeta de cañones recortados. No tuvo más remedio que detener su carrera de inmediato. Los colegiales corrían por todos lados de la mano de sus madres, algunos solos, llorando, perdidos... El tráfico se había interrumpido. En realidad, el mundo entero estaba congelado a su alrededor. El abuelo bajó el arma que llevaba desenfundada y les ordenó que se entregaran. Estaba a menos de diez metros de ellos. Lo último que recordaba era el fogonazo a bocajarro de la escopeta. Los dos disparos de postas que recibió en el vientre casi se lo llevaron al otro mundo. Las terribles heridas le obligaron a permanecer hospitalizado más de dos meses. Los seis siguientes estuvo rebajado de servicio, tiempo durante el cual se esforzó por recuperarse con prontitud. Poco antes de que los médicos le permitieran regresar a su trabajo, fue condecorado con la medalla al mérito policial por petición expresa del comisario y de su compañero Julián. Aunque por aquel entonces vuestro abuelo y yo nos acabábamos de conocer, él mantuvo la mención en secreto. No me enteré de ella hasta un año después y por la boca que menos os podéis imaginar ahora.

El abuelo solicitó su vuelta al servicio el mismo día que cumplía veintisiete años. En lugar de regresar a la comisaría, recibió la orden de integrarse en la dotación que realizaba labores de control y vigilancia en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Para que os hagáis una idea, había pasado de ser casi un héroe a pedir la documentación a los visitantes que entraban en las dependencias oficiales para resol-

LO QUE NO PUDO SER

ver asuntos burocráticos. El comisario de Vallecas le aseguró que aquella situación era transitoria hasta que estuviera recuperado del todo, pero él sabía que no era cierto. Entre sus compañeros se rumoreaba que aquel temible oficial de la BPS ya había dispuesto su traslado a una posición poco operativa justo antes de que resultara herido. No había duda de que aquel ser ruin y mezquino no le perdonaba que le hubiese puesto en evidencia durante aquella operación. De todos era conocido que una palabra de aquel personaje resultaba más efectiva que una orden de cualquier comisario. Replicarla podría resultar la excusa que necesitaba para acusarle de insubordinación y quedarse eternamente de plantón en la puerta del ministerio, así que no tuvo más remedio que admitir a regañadientes la paciencia que le rogaba su superior hasta que pudiera encontrar una plaza vacante en cualquier otra comisaría. Y es que a él le encantaba patear la calle.

Yo tenía veinticinco años cuando nos conocimos. Mi madre había nacido en Badajoz y allí se casó con mi padre, un hombre ambicioso e impulsivo del que solo heredé su altura y sus defectos. Natural de Mérida, siempre odió el ambiente provinciano que le rodeaba. No escatimó fulleras y oportunismos hasta que su supervisor en el servicio de Correos donde trabajaba le colocó en Madrid. Coincidió además que vuestra tía abuela Angelita, mi hermana mayor, comenzaba el instituto ese año. El obligado cambio de centro resultó ser un motivo añadido para que abandonáramos nuestra paupérrima Extremadura. Yo aún no había cumplido los siete años cuando llegamos a la capital. Mi memoria ya emborrona esos días aunque no ha podido deshacerse por completo del momento en que nos instalamos en un piso que tenía una prima soltera de mi madre en la calle de las Maldonadas, muy cerca de la Plaza de la Cebada, en pleno barrio de La Latina. Estaba en la cuarta planta de un edificio que había quedado destrozado en un bombardeo a comienzos de la Guerra Civil. Los pocos recuerdos que poseo de aquella casa se concentran en el reloj que había colgado en una de las paredes y que siempre marcaba las tres y veinte, la hora precisa en la que cayó el obús que destrozó el inmueble aquel ocho de noviembre de 1936 y que costó la vida a muchos de sus inquilinos. La prima de mi madre, única superviviente de su familia en aquella tragedia, había regresado a Badajoz después de la guerra. Cuando se enteró de que nos mudábamos a Madrid, le

JAVIER OLIVA

ofreció ocupar el piso. La única condición que le puso fue hacerse cargo de cualquier gasto que pudiera ocasionar su mantenimiento y conservar aquel reloj.

El edificio había sido reconstruido después de la contienda con escombros y materiales de mala calidad, lo que nos daba muchos quebraderos de cabeza. Cada pocos meses se generaba una fuerte derrama en la comunidad para reparar las bajantes, las cañerías o la acometida de la luz, un verdadero sacacuartos. No obstante, la vida transcurrió tranquila los primeros años. Mi padre disfrutaba por las mañanas de su nuevo empleo en la Casa de Correos. Por las tardes se entretenía haciendo algunas chapuzas en los pisos del barrio que precisaban de pequeñas reformas. En lo que concierne a mi madre, ella aprovechó sus conocimientos de costura para convertirse en una humilde modistilla que ofrecía sus servicios de puerta en puerta para realizar arreglos en la ropa de gentes pudientes que vivía en otros barrios más acomodados. Dos o tres años después de haber emigrado desde Badajoz, nos llegó la noticia de la muerte de la prima de mi madre y la vivienda pasó a ser de su propiedad.

Nuestro futuro se intuía luminoso hasta el día en que mi padre desapareció. Mucho tiempo después, cuando yo me había convertido ya en una adolescente rebelde e inconformista, mi madre admitió que el muy truhán debió de irse con otra mujer, alguna solterona con la economía bien saneada a juzgar por el sobre que aparecía dentro de nuestro buzón los primeros días de cada mes y que contenía más de la mitad del salario que ganaba en la Plaza de Cibeles. Sí, fue un cerdo, pero al menos tuvo remordimientos de conciencia. Mi madre nunca pudo superar el abandono y al poco tiempo enfermó. Comenzó por no querer salir de casa y, lentamente, fue marchitándose hasta que una mañana amaneció con una tremenda neumonía carcomiéndole sus pulmones. Estaba tan desvalida, tan débil, que no llegó a resistir una semana en el hospital. Yo creo que en verdad murió de pena.

Poco tiempo después de perderla, mi hermana Angelita se casó con Hans y se quedaron a vivir conmigo en aquel piso de la calle de las Maldonadas. Mi cuñado era un alemán alto, de tez lechosa, cabellos rubios y ojos azules, vamos, el típico teutón bien parecido. Todo lo que poseía de exótico y guapo lo tenía de áspero. Pertenecía a una familia de costumbres muy tradicionales que le había impreso en

LO QUE NO PUDO SER

el tuétano un carácter rígido e insulso que chocaba contra el mío. Tía Angelita se había enamorado de él durante unas vacaciones de verano en las que el muchacho había recorrido la mitad de nuestro país. No faltó a la verdad cuando os digo que siempre la trató como si fuera una dama de la alta burguesía germana, lo que no supuso menoscabo alguno a la hora de someter a sus hijos bajo una disciplina marcial según fueron llegando. Sabía que yo no le resultaba muy simpática porque era una joven díscola en exceso para tanta rectitud, aunque tengo que admitir que logramos soportarnos sin grandes complicaciones. Hans, que nunca llegó a dominar el español, curiosamente ganó un buen dinero fundando en Madrid una academia de idiomas en el barrio de Chamberí, uno de los más pudientes de la capital junto al de Salamanca. De todas formas, aquel alarde de poderío no le iba a proporcionar el nivel de vida que había dejado en su Alemania natal, una nación que ya era punta de lanza en la economía europea. Las carencias en España eran estructurales. Por muchos billetes que llenaran su cartera, había cosas que jamás podría conseguir porque, simplemente, aquí no las había.

Uno de los hitos que marcaron mi vida fue continuar viviendo con ellos en aquel piso. Yo había sido buena estudiante pero no lo suficiente como para obtener una beca que me abriera las puertas de la universidad. Así que, una vez terminado el bachillerato superior, tuve varios trabajos irrelevantes en pequeñas oficinas donde buscaban a chicas de mi edad que supieran mecanografía, título que había obtenido en una academia cerca de la plaza de Felipe II al terminar mis estudios. Es una de las cosas que tengo que agradecer a Hans, que me prestara un dinero que luego nunca me reclamó. Entretanto, colaboraba en un comedor social donde conocí a Natalio, un muchacho al que debí de volver loca porque no hacía más que insistirme para que saliera con él a tomar un vino o a ver una película en el cercano cine Doré. En varias ocasiones me llevó con varios de sus amigos. Se reunían siempre en las calles del barrio de Arganzuela, cerca del río Manzanares. Al principio me admitieron en el grupo con desconfianza aunque, viniendo de la mano de Natalio, no tardaron demasiado en considerarme como una más de la manada para hablar de política, lucha obrera y revolución delante de mí. Aquellos encuentros en las esquinas donde siempre había un mesón, fueron trasladándose poco a poco hacia el sur hasta terminar en unos billares en los que, des-

JAVIER OLIVA

pués de cerrar las puertas, aparecía alguien de más edad y buena labia que nos hablaba del engaño que soportábamos al vivir bajo la maza de aquella dictadura. Sus palabras nos animaban sin pudor a revelarnos contra la opresión y recuperar nuestra libertad. Si os soy sincera, ignoro si aquellas personas que venían a abrirnos los ojos eran sindicalistas, socialistas, comunistas o anarquistas. Lo único que sé es que fueron aquellas arengas las que me hicieron sospechar que había una vida mejor fuera de España. A menudo nos traían periódicos y revistas francesas, inglesas o alemanas. A través de sus fotografías, muchas de ellas en color, yo quedaba hipnotizada. Aquel ensueño se desvaneció una tarde cuando, en pleno mitin, apareció la policía y nos llevó a todos detenidos a una comisaría. Yo apenas tenía diecinueve años. No sé qué fue del resto del grupo pero, quizá porque yo era una muchacha menor de edad, a mí me interrogó un hombre sin uniforme. Me habló más como un padre que como un agente de la autoridad. Me preguntó nombres y únicamente supe decirle el de mi amigo y su cuadrilla. Ignoraba quiénes eran aquellos que venían a aleccionarnos porque nunca me interesó. Y a él tampoco parecía servirle de provecho. Después de una gran regañina de esas que te hacen sentir más niña de lo que yo era, de tomarme mi filiación y de amenazarme con que, en la próxima ocasión, terminaría en la prisión de Ventas, me dejó marchar. Aunque continué yendo al comedor social durante unos meses más, nunca volví a ver a Natalio.

El primer empleo estable que conseguí fue como chica para todo en una notaría. Allí estuve poco más de dos años hasta que el dueño, un hombre cercano a los sesenta, bebedor, fumador y demasiado ágil con la mirada y las manos, murió de un infarto en su propio despacho. Luego llegó mi trabajo soñado aunque no fuera consciente de ello cuando firmé el contrato como recepcionista en la consulta de un médico en la calle de Ortega y Gasset, casi esquina con Castelló. Aquel piso parecía un palacio. Tenía los techos altos. Gruesos cortinajes de terciopelo color burdeos caían flanqueando los balcones. Había también docenas de muebles clásicos fabricados en maderas nobles sobre suelos brillantes de parqué. Después de tres años viendo pacientes, tomando nota de las recetas, apuntando tratamientos y redactando historiales clínicos en la máquina de escribir, me di cuenta de que mi futuro pasaba indudablemente por estudiar enfermería. El único e insalvable problema eran mis escasas oportu-

LO QUE NO PUDO SER

nidades para entrar en la escuela. La alternativa era ingresar en Salus Infirmorum, una institución religiosa que aceptaba sin remilgos a cualquier alumna siempre y cuando pudiera costear sus honorarios. Recordé que mi amiga Zulema, antigua compañera del instituto, se había matriculado hacía tiempo con aquellas monjitas. Fue ella quien me aclaró que, tras superar el curso de un año, conseguiría el título de enfermera y podría acceder a un empleo que, en no pocas ocasiones, ellas mismas te buscaban. Empeñada en lucir el mismo uniforme blanco que mi amiga vestía, comencé a ahorrar para conseguir mi sueño. Un año después de haber tomado la decisión, de haber acumulado ilusiones y esperanzas, aquel médico encantador se jubiló y yo volví a quedarme en la calle. No tenía suficiente dinero para pagar mis estudios y mi hermana no podía prestármelo.

Y es que tenéis que imaginaros la situación: tía Angelita era seis años mayor que yo y estaba a punto de cumplir los treinta. Para entonces había traído al mundo cuatro hijos y un quinto estaba en camino. El último embarazo le estaba dando problemas y su ginecólogo le había ordenado guardar reposo absoluto. No se movía de la cama más que para ir al cuarto de baño. Los gastos se multiplicaban y la logística familiar comenzaba a hacer aguas. Hans fue consumiendo su paciencia y sus ahorros. Desde que se habían casado, solo quería vender aquella vivienda ruinoso y salir de allí a otro barrio mejor, a una casa más acogedora, o mejor aún, a su país. Mirándole la cara no era difícil adivinar lo que estaba pensando. ¿Qué demonios hacía un alemán en esa España deprimida, aunque fuera por amor, pudiendo regresar a su Coblenza natal, una ciudad a medio camino entre Bonn y Frankfurt, y así sentirse arropado por un Estado rico y poderoso? El piso en el que vivían era de las dos hermanas y yo no podía pagarle la parte que le correspondía a tía Angelita. En verdad, ella jamás me la habría pedido para mudarse. Tampoco me importaba que quisieran irse de allí. La mitad de la propiedad me pertenecía y si la vendíamos, yo podría emprender una nueva vida sola, independizarme de una vez.

Conocí a vuestro abuelo durante su convalecencia después del atraco. Zulema me había citado en la entrada del hospital donde ella trabajaba para dejarme prestados varios libros que había utilizado en sus estudios. Él había acudido media hora antes para someterse a una revisión de las heridas que le habían marcado el abdomen como si hubiese sufrido un virulento y gigantesco sarampión. La buena

JAVIER OLIVA

fortuna quiso que el abuelo fuera el último paciente que visitaba aquella tarde y abandonaran juntos el edificio. Fue allí cuando le vi por primera vez. Salía caminando de manera muy insegura junto a Zulema, como si su vientre contuviera afilados punzones de cristal que desgarraran sus entrañas a cada paso que daba. Cuando mi amiga nos presentó...

—¡Abuela! ¿Tuviste un flechazo? ¿Te enamoraste en un segundo? —se intrigó Isaac.

—¡Uy, y en mucho menos! ¡Ay, si lo hubierais visto!, tan alto, tan guapo, tan fuerte y a la vez tan frágil, tan descarado y tan formal a un tiempo... Parecía un héroe de guerra, todo un caballero de ojos grises y cabellos ondulados castaño claro. Y estaba soltero. ¡Qué os voy a contar!

Esa tarde nos sentamos los tres juntos a tomar café en una terraza porque Zulema se empeñó en que el abuelo se quedara con nosotras. Reconozco que no sé cómo se pudo fijar en mí. Estaba tan impresionada que me resultaba imposible construir una simple frase que mostrara cierta coherencia mental por mi parte. Él me sonreía y buscaba la respuesta adecuada como si en verdad hubiera entendido lo que balbuceaba como una tonta. Era muy gentil por su parte, pero aquella actitud me alteraba aún más porque Zulema no cesaba de reír hasta atragantarse. Yo era consciente de que mis ojos se comían a aquel hombre sin poder evitarlo mientras mi boca hacía la guerra por su cuenta. No solo estaba obnubilada sino que, además, lo estaba exteriorizando sin remedio, incapaz de pronunciar una palabra acorde con la anterior y la siguiente. Pero cuando al amor le da por aparecer y unir a dos personas, no hay fuerza ni obstáculo que lo impida escapar. Días después volvimos a salir, esa vez los dos solos, y nuestras citas se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Aunque tardé en recuperar mi cordura cuando me encontraba a su lado, él siempre se mostró tranquilo, como si no le importara asumir mis tonterías. Todo su interés era hacerme sentir cómoda como si fuera yo quien llevara las riendas. No hablaba de su trabajo aunque yo le preguntaba constantemente cómo era eso de ser policía. Y él desviaba la conversación y se interesaba por mi vida, mis gustos, mi presente y mis anhelos para el futuro.

De tomar un café dos o tres tardes por semana pasamos a vernos a diario. Después de un mes ya no nos conformábamos siquiera con

LO QUE NO PUDO SER

quedar después de comer y despedirnos cuando la noche sembraba Madrid de luces. Queríamos estar pegados el uno al otro todo el tiempo, sí, todos los días y a todas horas. No iba a ser fácil conseguirlo porque él aún vivía con sus compañeros en el piso de Vallecas y yo con la camada de mi hermana comandada por aquel macho alfa de Coblenza. Los dos queríamos salir de nuestras respectivas cuevas pero yo aún no había conseguido otro trabajo y su sueldo no daba para mantenernos a los dos en una vivienda digna.

Vuestro abuelo era un hombre inteligente y decidido, empeñado siempre en encontrar una solución a cualquier problema. Como ya os he dicho, esos días estaba destinado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y tenía la suerte de trabajar únicamente por las mañanas. Así que se empleó por las tardes como portero en un edificio de la calle Claudio Coello. De esa forma sumaba un pellizco a sus ingresos.

—¿Eso se podía hacer, tener otro trabajo además de ser policía? —le interrumpió de nuevo Isaac.

—¡Por supuesto! —le contestó la abuela con cariño—. En aquella época podías buscarte la vida casi de cualquier manera. Lo que importaba en tiempos de escasez era llenar el monedero de pesetas. Era habitual que muchos policías desempeñaran labores de portero, sereno o taxista. Además, os voy a contar un secreto —y nos mantuvo unos segundos expectantes mientras mostraba una sonrisa traviesa—: como yo no estaba a gusto en mi casa, y en poco tiempo me vería abocada a compartir habitación con la jauría de mis sobrinos, le propuse al abuelo —sí, yo, una mujer de aquel tiempo— que nos fuéramos a vivir juntos. Su contrato como portero incluía una pequeña vivienda en la parte trasera del edificio, un semisótano que daba a un patio de luces. En invierno resultaría húmeda y oscura, ¡pero podía ser nuestro hogar! Admito que mi propuesta le sorprendió tanto que no la aceptó de inmediato. Era una situación inverosímil para esos años en España. Me costó convencerle, pero al final cedió. ¡Nos queríamos tanto...!

A las dos semanas de conseguir el empleo ocupamos la portería ¡sin estar casados!

—¡Buah!, vaya logro... —malmetió Isaac de manera un tanto despectiva.

—Lo era en esa época —le reprendió la abuela—. No es que estuviera prohibido, pero desde luego tampoco estaba bien visto. Te ex-

JAVIER OLIVA

ponías a que, si surgía algún contratiempo, por muy pequeño que fuera, la policía te mareara a preguntas de lo más impertinentes. En cualquier caso, nadie tenía por qué saber que no éramos marido y mujer. Nuestro riesgo era menor porque el abuelo era un agente sin tacha, pero también se trataba de una situación que podía perjudicarle.

A mi hermana Angelita no le hizo gracia que me fuera de nuestro piso. Al fin y al cabo, le echaba una mano con sus hijos. ¡Pero es que yo también tenía derecho a vivir mi vida! Me dio pena dejar la casa pero me alegró sobremanera fastidiar a ese cuñado refunfuñón que arrastraba las erres y raspaba las jotas cuando hablaba. Pareció regodearse cuando supo que mi destino no era más que un cuchitril medio enterrado en los cimientos de un inmueble casi centenario, una conejera inmundada. No le faltaba razón, pero aquella madriguera estaba en el centro del barrio de Salamanca, el más prestigioso de Madrid. Yo creo que, en cierto sentido, le corroía la envidia.

Al principio de aquel verano por fin nos trasladamos al edificio de Claudio Coello. La vida era tranquila y maravillosamente monótona. El abuelo ya se había recuperado de sus heridas y se marchaba muy temprano al ministerio mientras yo me encargaba de atender la portería. Por las tardes, él me tomaba el relevo y yo me dedicaba a estudiar los libros que me había dejado Zulema. Así iba adelantando trabajo para cuando pudiera costearme el curso de enfermera. Quería especializarme en puericultura. No solo me apasionaban los niños sino que, haber compartido vida y pañales los últimos años con cuatro sobrinos, me daba suficiente experiencia para abordar mi reto con más garantías.

Sin embargo, a los seis meses de habernos instalado allí, nuestra vida se torció de manera irremediable.

4

Ocurrió una mañana a finales de diciembre, una mañana que tenía que haber sido como cualquier otra de aquel invierno gris y helador en Madrid, una mañana que solo tenía que haber quedado en nuestra memoria porque hice pan frito con pimentón para desayunar, o porque el abuelo había estado varios días sin ir a trabajar por un resfriado que le había producido fiebre alta. No era buen enfermo. Tan pronto la calentura cedía, no tardaba en saltar de la cama y ocupar el tiempo arreglando todo lo que precisaba de mantenimiento en la finca.

Durante esos días únicamente salió de la casa para comprar los billetes de un autobús que nos llevara hasta San Sebastián y así visitar a sus padres poco antes de Navidad. Teníamos planeado pasar una semana con ellos aunque el trato con su familia todavía resultaba algo frío. Asimismo, yo aproveché su mejoría para ver a tía Angelita. Aquel embarazo estaba dejando a mi hermana cada vez más débil y necesitaba compartir unos minutos de tranquilidad. También decidí acudir a una peluquería cercana para cortarme gran parte de la melena que hasta entonces me cubría media espalda. Al abuelo siempre le había gustado su aspecto. Sin embargo, yo estaba harta de tener que protegerla con un pañuelo para resguardarla del polvo cuando barría o fregaba escaleras. Admito que me dio pena que, después de seis meses indecisa por no contrariarle, sucumbiera al filo de las tijeras. En cualquier caso, era un daño reparable y tampoco estaríamos eternamente en aquella portería. En dos años yo conseguiría mi título de enfermera y saldríamos de allí.

El abuelo se fue a trabajar aquella última mañana de otoño sin estar recuperado del todo. Yo me entretuve en hacer la cama, fregar las tazas del desayuno y abrir el portal. Mientras le daba cuatro escobazos a la acera crucé un saludo fugaz con Avelina, la portera de la finca contigua. El frío era intenso y el cielo amenazaba lluvia. Aun-

JAVIER OLIVA

que manteníamos una relación cordial, no era un buen momento para pelar la pava con ella. Cuando había poco trabajo solíamos charlar animadamente sobre la vida en el barrio, ya podéis imaginaros, chismorreos sobre vecinos, rumores, habladurías... En fin, asuntos de porterías. Tampoco es que ella pudiera distraerse demasiado tiempo pues era madre de dos hijas. La mayor había cumplido ya los cinco años e iba al colegio. La otra había nacido poco antes de que nos instaláramos nosotros allí. Era agradable hablar con ella, no tanto con su marido. José María era compañero del abuelo en la Policía Armada y prestaba servicio en la casa del señor Allende, por aquel entonces ministro de Agricultura. Nunca supe si se trataba de un hombre parco en palabras o demasiado reservado.

Pasaban veinte minutos de las nueve de la mañana cuando atravesé el zaguán del portal, dejé la escoba en un rincón y subí los pocos peldaños que había hasta la garita acristalada. Después de entornar la puerta, me senté muy cerca de un viejo brasero eléctrico para entrar en calor y ojear los libros de Zulema. Recuerdo que aún no había podido siquiera abrir las cubiertas cuando un estampido ensordecedor me atravesó los oídos. Sin saber cómo, me encontré caída en el suelo, rígida por el susto. La tremenda explosión debía de haberme tirado de la silla o, quizá, fui yo quien me lancé contra las baldosas en un movimiento instintivo. No lo sé. Eran cerca de las nueve y media pero la calle se había oscurecido como si fuera de noche. Una densa cortina de humo negro había entrado con violencia en el edificio y se expandía con rapidez por la portería. Los ojos comenzaron a escocerme y me faltaba el aire. Cuando logré ponerme de pie, noté de inmediato que algo anormal atenazaba mis sentidos. ¡Quizá estaba herida! Me palpé el cuerpo con manos temblorosas pero no sentí ningún dolor. Sea como fuese, resultaba apremiante salir de allí. Al bajar las escaleras me encontré el portal tapizado de tierra y cristales. La nube de polvo era cada vez más maciza. Tuve que esforzarme para empujar una de las grandes hojas de madera del portalón que había quedado entreabierta. Al conseguirlo, sobre la acera que acababa de barrer, me topé con una montaña de escombros y barro que me llegaba más allá de las rodillas. Olía a gas. Apestaba. La conducción debía de haber reventado, o al menos eso imaginé porque hacía poco tiempo que una avería en las canalizaciones había provocado otra explosión en la cercana calle de Ortega y Gasset.

LO QUE NO PUDO SER

Y otra más, justamente el día anterior, en Barcelona. Allí había causado más de quince muertos. Aquellos accidentes estaban en boca de todos y habían llegado a generar cierta paranoia.

Desorientada más que asustada, me encaramé con torpeza al montículo que me dificultaba la salida. Ante mí encontré una escena pavorosa. La calle se había convertido en un gran socavón del que brotaba un agua parduzca y maloliente que comenzaba a inundarlo todo. A su alrededor había varios coches destrozados. Uno de ellos se hundía sin remedio a dos metros de mí. Pronto quedaría sumergido.

No sé cuánto tiempo estuve atenazada por aquella visión, más propia de una guerra que había terminado hacía treinta y cinco años y en la que ninguna bomba había impactado en el barrio más refinado de Madrid. Quizá se trataba de una deuda pendiente.

Volví a palparme el cuerpo porque continuaba sintiéndome extraña. Fue al aparecer el primer coche de policía cuando me di cuenta de que no podía oír. El sonido estridente de la sirena se colaba con dificultad en mis orejas como si alguien las hubiera taponado metiéndoles algodones con ahínco. Entonces noté una mano sobre el hombro y me giré sobresaltada. Era Loli, la vecina del tercero derecha. Tenía el rostro desencajado por el miedo y la confusión. Me habló, me preguntó, me dijo algo que yo no podía escuchar. En realidad no quería hacerlo porque no era capaz de pensar. Todo me resultaba desconcertante. Tampoco sabía qué hacer. Dudé si regresar a la portería o aligerar aquel montón de tierra que bloqueaba el portal para que los vecinos pudieran escapar. Todo estaba pringado de un lodo tenebroso y siniestro. Cada vez olía más a gas, a humedad, a tierra quemada. Me froté la cara para tratar de reaccionar. Cuando abrí los ojos me fijé que aquel gran hoyo ya se había tragado el coche. El agua manaba en aquella puerta del infierno a grandes borbotones.

Alguien me dio la mano y tiró suavemente de ella. Era un hombre que no conocía, quizá un transeúnte que se había acercado hasta allí alarmado por la explosión. Me ayudó a caminar por el borde del socavón hasta la acera sembrada de cascotes. El escaparate del comercio que había a la derecha del portal estaba despedazado. También el que ocupaba el chaflán con la calle Maldonado. El hombre me condujo al otro lado de la calzada, junto a la tapia de un colegio que en esos días estaba en proceso de derribo. Mientras se interesaba

JAVIER OLIVA

por mi estado, apareció otro coche de policía. Unos segundos más tarde vi llegar a dos agentes corriendo por la propia calle Claudio Coello desde Diego de León. Y un minuto después, sin saber aún qué estaba pasando, abobada, ida, asomó por la esquina de Juan Bravo el primer camión de bomberos. Entonces comenzó el baile.

Daba igual quiénes fueran, guardias, camilleros, porteros de otros edificios... En tres minutos todo era un ir y venir frenético de personas vestidas con distintos uniformes preguntándose entre sí qué había ocurrido, pero nadie tenía la respuesta. Algunos comenzaron a mover los vehículos que se habían quedado cruzados por la calle para despejar los accesos. Parecía que un niño se hubiera cansado de jugar con ellos y los hubiese dejado tirados de cualquier manera, abandonados, pisoteados, llenos de abolladuras, sin cristales, sin esa vida de la que carecen los objetos cuando están rotos. Entre aquel inusitado desfile reparé en algunas personas heridas. A dos de ellas se las llevaron en una de esas ambulancias de la Diputación que parecían coches fúnebres pintados de blanco. Otra permanecía sujeta al brazo de un hombre que llevaba una pistola en la mano. Le sangraba la cabeza. Un policía de uniforme les saludó llevándose la mano a la sien. Cruzaron unas pocas palabras y todos salieron a la carrera hacia la puerta lateral del convento de los jesuitas que ocupaba media manzana entre las calles Claudio Coello y Serrano.

Entonces miré hacia arriba. Por mi edificio se desperdigaban docenas de oscuros desconchones producidos por el impacto de adoquines, cascotes y piedras. El inmueble contiguo, el número 104, estaba picado de viruelas. La fachada mostraba la violencia de la explosión. Los barrotes de los balcones habían quedado retorcidos como si fueran espaguetis recién sacados de una cazuela. Persianas desgajadas, barandillas curvadas, vidrios hechos añicos... El alféizar de las ventanas acumulaba la tierra salida de las tripas de la ciudad. Frente a mí, al otro lado de la acera, en lo alto del convento, faltaba un trozo de cornisa. Un espanto.

La segunda persona que se acercó a mí fue un soldado de la Cruz Roja. El muchacho me habló y supuse que me preguntaba si había resultado herida. Le respondí que estaba sorda. Me indicó por gestos que no me moviera de allí porque tenía que curarme. Entonces atrapé mi rostro en el retrovisor de uno de los coches que había aparcados cerca. Mis mejillas aparecían tatuadas de churretes gri-

LO QUE NO PUDO SER

ses. Una pequeña mancha de sangre me nacía en la frente y se alargaba hasta la ceja derecha para extenderse después hacia el cuello. Luego me observé de arriba abajo. El vestido que llevaba también estaba manchado de barro, como si me hubiera revolcado en un parque infantil como cuando era niña.

El soldado regresó con una bolsa verde de lona y, tras abrirla, me empezó a limpiar la cara con unas gasas.

—Tiene usted un corte en la cabeza, pero es minúsculo —creí entenderle dentro de mi mundo silencioso—. No le va a hacer falta más que una tirita.

En ese momento llegó a toda velocidad un coche negro desde la calle Juan Bravo y se detuvo con estrépito en el mismo cruce de Claudio Coello con Maldonado. Bajaron de él tres personas. El hombre que conducía tenía el gesto grave, pétreo. Iba vestido con una chaqueta azul marino cruzada y llevaba gafas de sol americanas. Me estremecí. Sabía que alguien me había hablado de él no hacía demasiado tiempo. Aunque aquellos recuerdos difusos no se materializaban en un nombre, tampoco me hacían presagiar nada bueno. El solo hecho de observar sus movimientos enérgicos era suficiente como para que cualquiera se sintiera amedrentado. Y de repente, como si un relámpago cruzara mi memoria, lo supe. Aquel hombre tirando a bajito y de complexión delgada tenía que ser el inspector de la Brigada Político Social que había realizado la redada en Vallecas hacía poco más de un año. Estaba escoltado por dos compañeros vestidos con traje oscuro.

Uno de los policías de paisano que ya pululaban por allí desde hacía diez minutos, se aproximó hasta el vehículo donde los tres permanecían contemplando aquel panorama desolador. Después de cuadrarse ante el personaje y cuchichear un instante con él, me señaló con el dedo y todos se encaminaron hacia mí a grandes pasos. El soldado de la Cruz Roja se hizo a un lado al ver cómo se nos echaban encima. Cuando se plantaron frente a nosotros, el oficial de la BPS me observó un segundo y, sin darme los buenos días o interesarse por mi herida, me preguntó si trabajaba en el edificio. Lo hizo esgrimiendo un tono recio que demostraba tanta urgencia como autoridad. Yo no esperaba ni mucho menos que se dirigiera a mí. Además, mi sordera aún me impedía oír con nitidez. Cualquier sonido llegaba hasta mis tímpanos muy atenuado. Así que le pedí por favor que me repitiera la pregunta. Entonces me la rugió a la cara con desprecio.

JAVIER OLIVA

—Sí, soy la portera del 102 —le contesté cohibida.

—¿Puedes contarme qué ha sucedido aquí? —volvió a bufarme con una voz ronca que no se correspondía con su aspecto achatado.

—Estaba dentro de la garita cuando todo se vino abajo —le dije con la voz entrecortada—. Quizá ha sido una explosión de gas...

No dejó que terminara. Me ordenó que me quedara allí en compañía de un agente uniformado y se fue directo hacia el socavón.

Desde ese momento no le quité el ojo de encima. Aquel hombre imponía su recortada presencia a todo aquel con el que se cruzaba. Tan pronto echaba casi a patadas a bomberos y sanitarios como llamaba a voces a un policía armada para darle alguna orden. Entre gritos y gestos hoscos, merodeó unos minutos alrededor de aquel gran agujero cubierto de agua hasta que uno de los agentes de paisano que había entrado en el convento reclamó su atención. Los dos caminaron con presteza hasta el coche patrulla que les quedaba más cerca. Allí observé cómo el oficial hablaba un instante por la radio. Luego, repentinamente, regresó a mi lado como un toro de lidia.

—¿Has visto a personas desconocidas en los últimos días por el barrio? —me preguntó mientras me sujetaba del brazo.

Yo no supe responder

—¡Es importante, mujer! Haz memoria. ¡Acaban de matar al Presidente del Gobierno!

La noticia terminó por descabalgarme.

—¡Ay, Dios mío! ¡No puede ser!

El hombre se acercó hasta poner sus gafas oscuras delante de mis ojos.

—Esos hijos de puta lo han asesinado de una manera salvaje. Por lo menos han tenido que utilizar una mina anti tanque.

—Pero..., ¿cómo? —balbuceé.

—¡Coño, y yo qué sé! Eso es exactamente lo que quiero averiguar. ¿Qué puedes decirme?

—Yo...

—¡Anda, no me jodas! Eres la maldita portera del edificio. ¡Algo te habrá tenido que llamar la atención!

—Muchas mañanas veo pasar al Presidente cuando estoy barriendo el portal, pero... —y miré por encima de su hombro—. Es que no es posible que hayan podido matarle. Ahí no está su coche —me expliqué señalando al socavón.

LO QUE NO PUDO SER

—¡Pues claro que no! El *Dodge* ha volado treinta metros hasta colarse en el patio del convento. Lo han descubierto en una terraza interior hecho un amasijo de hierros. Uno de los bomberos que ha ido a rescatarle me ha explicado que el almirante aún vivía cuando él apareció, pero estaba tan machacado que le ha costado reconocerle. Se ha quedado con parte de sus piernas entre las manos al tratar de sacarlo del coche. No hay duda de que no va a salir de ésta. También ha muerto el policía que llevaba de escolta. Y el chofer no llegará al hospital con vida. ¡Así que ya puedes hacer memoria!

Entonces comenzó a presionarme el brazo con tanta fuerza que me sacudí su pequeña zarpa de un manotazo. El oficial se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo de su chaqueta. Luego alzó una de las comisuras de sus labios hasta conseguir media sonrisa heladora.

—¿Te resistes a la autoridad? —murmuró siniestro. Su prisa se había transformado de repente en una calma pegajosa—. Te noto muy nerviosa. ¿Asesinan al Presidente del Gobierno delante de tus narices y aseguras que no has visto nada? ¡Algo tendrás que decir, mujer! ¿No será que tienes miedo de abrir la boca? —preguntó con un gesto que apestaba a sarcasmo—. No estarás escondiendo algo, ¿verdad?!

Me resultaba muy difícil procesar sus palabras con todo aquel revuelo de hombres y sirenas que había alrededor. Me intimidaban sus ojos pardos hincándose con saña en los míos. No supe qué responderle. Entonces pareció perder la paciencia, me agarró por los hombros, esta vez con las dos manos, y comenzó a zarandearme mientras me acusaba a gritos de ocultarle información.

En ese momento todo se precipitó. Como si viajara sumergida en una pesadilla, el abuelo apareció de la nada muy cerca del socavón. Vi cómo superaba el cordón policial e iba con premura hacia el portal de nuestra casa mirando hacia todos lados. Traía el rostro angustiado por la incertidumbre. Aunque yo permanecía retenida a una escasa veintena de metros, no reparó en mí. Sentí impotencia, rabia, miedo... Él no podía verme porque me tenían rodeada entre el inspector de la BPS, el agente que me custodiaba y el soldado de la Cruz Roja. En un acto instintivo, me sacudí por segunda vez las garras del oficial con tan mala suerte que, al hacerlo, le golpeé en la cara. No esperé a disculparme. Ni siquiera lo pensé. Salí corriendo hacia el portal con el corazón a punto de escaparme por la boca. Cuando me quedaban pocos pasos para llegar sentí cómo los otros dos miembros

JAVIER OLIVA

de la Brigada me sujetaban por los brazos. Entonces grité al abuelo, que se giró de inmediato y me vio atrapada por aquellos gorilas.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Soltad ahora mismo a esa mujer! —les ordenó mientras se acercaba hasta el mismo borde de aquel gran agujero.

—¡Eh!, ¿quién eres tú para hablarnos así?!

Cuando el abuelo advirtió de quién provenía la voz seca que chillaba desde el otro lado de la calle, le cambió el semblante.

—Inspector Barreda...

Al oficial de la BPS también se le alteró el gesto. En apenas medio segundo pasó de la duda al asombro, y del asombro a la sonrisa ácida.

—¡Qué casualidad! Volvemos a vernos, agente —le dijo al tiempo que, tanto él como vuestro abuelo, se aproximaban el uno al otro hasta quedar muy cerca de aquella pequeña muralla de tierra que separaba el socavón de nuestro portal—. ¿Qué haces por aquí? No será que nos vas a descubrir en dos patadas quién ha asesinado a Carrero Blanco y, de esa manera, volver a humillarme...

—¿Asesinado?

La noticia dejó impactado al abuelo. Le resultaba inverosímil que se hubiese producido un magnicidio a las puertas de su propia casa.

El inspector hizo un gesto para que sus hombres me liberaran.

—Hace cinco minutos han descubierto al almirante convertido en carne picada dentro de su coche. Le quedaba un hilo de vida aunque seguramente ya habrá muerto —y me miró de soslayo antes de encararse de nuevo con él—. Así que ya puedes volverte al ministerio, que yo tengo que interrogar a esta zorra comunista.

El inspector hizo ademán de cogerme por el brazo pero el abuelo dio una zancada y se interpuso en su camino. La diferencia de altura y complexión era notable. La frente de Barreda le llegaba al abuelo escasamente a la altura de nariz. Así que, cuando el oficial trató de apartarlo de un manotazo, apenas logró menearle lo justo para que tan solo se le cayera la gorra. Era como si hubiese tratado de mover un bloque de mármol. Entonces, lleno de furia contenida, le agarró por las solapas del abrigo de su uniforme.

—¿Vas a impedir que haga mi trabajo?

—Esta mujer vive conmigo y no es ninguna zorra comunista —me defendió con determinación.

El cruce de sus miradas coincidió con la llamada a gritos de un

LO QUE NO PUDO SER

policía de la Brigada de Investigación Criminal vestido de paisano. Le pedía a Barreda que se acercara al portal del número 104.

—¡Es importante, inspector! —le gritó gesticulando para que fuera a toda prisa—. ¡Creo que hemos encontrado algo parecido a un túnel!

Barreda soltó el abrigo que cubría la guerrera del abuelo y ordenó que no nos moviéramos de allí. Después abandonó el lugar precipitadamente.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó cuando lo perdimos de vista.

—Hubo una explosión. No puedo decirte más.

—¿Por qué te ha llamado comunista el inspector?

—No lo sé. Está convencido de que sé algo de todo esto —dije entre sollozos.

—¿Estás herida?

Me toqué la frente donde el sanitario me había limpiado con una gasa.

—Es un corte superficial —trató de tranquilizarme recogiendo después su gorra del suelo.

Luego me palpé las orejas y él hizo ademán de querer examinarlas.

—Mis oídos... Al principio no escuchaba nada. Ahora ya están despertando —y comencé a llorar

—Se te pasará —me consoló mientras rodeaba mis hombros con sus brazos. En ese instante comencé a sentirme protegida.

Barreda se había introducido en la finca del 104 para descender hasta uno de los dos semisótanos que había a ambos lados del portal. El ventanuco que se abría al mismo nivel que la acera estaba casi taponado por la tierra despedida en la explosión. Aun así, nos permitió distinguir cómo varios agentes removían los escombros en el interior ayudados por algunos bomberos. El inspector parecía demasiado concentrado en todo aquello que sus compañeros de la Brigada de Investigación Criminal le iban descubriendo. De vez en cuando les hacía preguntas que no escuchábamos.

—Tenemos que irnos de aquí —me dijo vuestro abuelo—. Quiero que te vea un médico. Además, Barreda es un hombre muy peligroso. Es preferible estar lejos de él cuando comience a buscar culpables.

Tratamos de caminar hacia la esquina de la calle Maldonado para apartarnos del socavón donde dos docenas de personas ya trabajan

JAVIER OLIVA

a destajo en busca de pistas, pero el agente que se había quedado con nosotros nos lo impidió.

—Compañero, por favor... —se dirigió a tu abuelo en un ruego—. No me crees un problema con ese.

Antes de que pudiéramos insistirle, observamos cómo Barreda nos escrutaba con la mirada desde el semisótano. Luego desapareció para volver a emerger unos segundos después por el portal y agacharse de inmediato donde nacía la muralla de tierra. Junto a otros policías de paisano, comenzaron a escarbar con las manos.

—¡Aquí están! —gritó uno de ellos mientras tiraban con esfuerzo de unos cables que se perdían por debajo del lodo.

Barreda miró con gesto cómplice a su compañero y, entonces sí, se acercó hasta donde le esperábamos. Antes de hablar, nos observó en silencio mientras se frotaba las manos para sacudirse el barro.

—¿Tú también vives en la portería? —le preguntó al abuelo, que se limitó a asentir con la cabeza—. Ahí abajo hay un túnel en el que cabe un hombre agachado. Apostaría tu cabeza a que termina en el centro de la calle. Debe de medir más de siete metros y han tirado unos cables todo lo largo. Para excavar ese trecho han tenido que utilizar picos y palas, y el ruido no ha podido pasarlos desapercibido.

El abuelo me miró antes de responder.

—Hace varios meses que un escultor alquiló ese local y montó ahí su estudio. Nos lo dijo José María, el portero de la finca. Es cierto que los vecinos se quejaban a veces del ruido, sobre todo cuando se quedaba trabajando hasta tarde.

—¡Trabajando! ¡Un escultor...! Seguro que ese cabrón no tiene ni puta idea de lo que es un cincel. Por supuesto que es un verdadero artista, pero solo en abrir galerías subterráneas. Ahí dentro hemos encontrado sacos llenos de escombros —dijo acercándose cada vez más a vuestro abuelo hasta que se encaramó sobre el montón de tierra que nos separaba. Me hizo gracia porque parecía que el inspector quisiera quedar a su misma altura—. Ya me diréis vosotros si no habéis escuchado nunca el jaleo que se debía de montar ahí abajo.

—Por supuesto que sí. Le repito que los vecinos estaban molestos, tanto los suyos como los nuestros. El portero del 104 le llamó varias veces la atención. Lo sé porque lo comentamos alguna noche cuando coincidíamos sacando las basuras.

LO QUE NO PUDO SER

- ¿Y a ti no te dio por sospechar nada extraño?
- ¿Por qué tendría que haberlo hecho?
- Quizá porque este barrio no es lugar apropiado para que un escultor tenga su estudio, o quizá por conseguir algo de dinero.
- El abuelo frunció el ceño.
- No estará insinuando que yo...
- Voy más allá —le advirtió con retintín—: quizá haya mucha gente pringada en toda esta barbarie, gente que ha cerrado el pico para no destapar lo que se estaba perpetrando en ese sótano.
- ¡Es ridículo!
- No, agente, es una maniobra perfecta de despiste. Esta mañana se va a celebrar en el Tribunal de Orden Público el “Proceso 1.001” contra varios agitadores comunistas. Con toda seguridad van a ser condenados a muerte. No hay ninguna duda de que sus compañeros han pretendido vengarles antes incluso de que les den matarile. Y para organizar este atentado hace falta dinero, varios asesinos y que el policía que podría descubrirles también sea un comunista.
- ¡Esa teoría es absurda! Si yo estuviera de acuerdo con quien quiera que haya hecho esta monstruosidad, no habría venido desde el ministerio para meterme en la boca del lobo. ¡Sería un desaprensivo!
- O podría ser que, quizá, te crees más listo que los demás, ¿verdad, agente? La estratagema cobra sentido cuando la urde alguien tan inteligente como tú. En una carnicería como ésta es impensable buscar a los asesinos justamente en el mismo lugar donde todo ha volado por los aires. Por eso, solo un asesino con cierta audacia pensaría en volver a la escena del crimen cuando el muerto está todavía caliente, y más aún siendo policía.
- No tengo nada que ver con todo esto —se encaró el abuelo con Barreda—. Cuando ocurrió la explosión, yo estaba de servicio en el ministerio.
- El inspector se frotó la barbilla divertido.
- ¿Te estás poniendo nervioso, agente? —y sonrió con esa malicia congelada que ya me había mostrado minutos antes—. Te está ocurriendo lo mismo que a tu compañera, la zorrilla comunista. Porque no es tu mujer, ¿verdad? No estáis casados. Pero sí estáis viviendo juntos, ¡como los comunistas!
- ¡Lo que está diciendo no tiene ni pies ni cabeza! Sus conjeturas son una solemne tontería.

JAVIER OLIVA

—Pierdes la compostura, agente, y además estás a punto de faltarme al respeto. En ningún momento te he acusado de haber apretado el botón. Sería un despropósito por mi parte teniendo tú la coartada perfecta. Te resultaría muy fácil demostrar que estabas de servicio en tu puesto. Pero también pudiera ser..., no sé si me entiendes..., que hayas colaborado teniendo cerrados los oídos y la boca durante el tiempo que ese presunto artista estuvo ocupando el sótano.

—¿Por qué no le pregunta a José María? El portero de la finca donde han excavado ese túnel es nuestro compañero. ¿O es que acaso no sabe que también es policía armada? Seguro que él podrá ser más concreto.

—Sé perfectamente quién es el agente Clemente. Sé que cubre su servicio muy cerca de aquí, en la casa del señor Allende. Y sé que ha comenzado su turno a las ocho de la mañana. Su mujer y su hija mayor han resultado heridas. Las han trasladado al hospital de La Princesa. —Entonces a mí se me escapó un grito—. Por su parte, la Brigada ya se está ocupando de él. Es curioso. Con seguridad Clemente acabará por pedir clemencia —y rio su propio chiste—. Así que ya puedes ir rezando para que le falle la memoria.

El abuelo comenzó a mostrarse intranquilo. No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Nunca le había visto sentirse inseguro pero, en ese momento, tras haberle plantado cara a Barreda en un primer envite, vi cómo su confianza comenzaba a desvanecerse.

—¿Han hablado con el sereno del barrio? —insistió para abrir nuevas vías que nos apartaran de su punto de mira—. Pepe lleva por estas calles más de veinte años. Se conoce al dedillo la vida y milagros de todos los vecinos. Si ese falso escultor ha logrado engañarle, ¡cómo no pudo hacerlo con el resto! Estoy convencido de que podrá esclarecer muchas incógnitas, además de asegurarles que nosotros no tenemos nada que ver con este asunto. Somos personas de fiar, decentes y sensatas.

—Llegas tarde, agente. Ya hemos llamado a su casa pero no contesta. A lo mejor ha desaparecido porque también está pringado —respondió paladeando cada palabra.

—¿También?! Inspector, con nosotros no tiene dónde agarrarse. Teresa está casi sorda. Yo no estaba aquí... ¡Ni siquiera ese túnel

LO QUE NO PUDO SER

está en nuestro edificio! —se defendió mientras luchaba por dominar sus nervios—. Me hago cargo de la presión que soporta, pero dando palos de ciego solo va a conseguir descalabrar a muchos inocentes.

—Como vosotros, ¿verdad?

El abuelo resopló.

—Nos vamos al hospital. Quiero que examinen a Teresa. No tengo tiempo para sus suposiciones. Espero que la investigación le cunda más que la que practicó en Vallecas —y se giró en redondo.

Aquella alusión, no sobrada de ironía, provocó que Barreda se abalanzara sobre vuestro abuelo tratando de agarrarle de nuevo por el uniforme. Sin embargo, él tuvo los reflejos suficientes como para zafarse de su ataque con un movimiento rápido de cintura. El inspector resbaló sobre el montículo de tierra, perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre el barro.

Todos los que estaban cerca miraron de inmediato al lugar donde Barreda braceaba al aire como una cucaracha patas arriba. Uno de los gorilas de la BPS le ayudó a levantarse sin poder ocultar media sonrisa. El golpe había resultado bastante cómico.

—¡No os mováis de ahí! —nos ordenó lleno de rabia—. Un paso más y os venís conmigo a la Puerta del Sol. Mi despacho de la DGS os va a parecer más incómodo que este socavón —y, entonces sí, avanzó con cuidado hacia nosotros, descendió por el reducido talud y nos apuntó con el dedo índice—. ¡Ahí hay un túnel de la hostia! No hay ser humano que haya podido pasar por alto lo que estaba sucediendo en ese sótano aun viviendo en el edificio colindante. La calle no se agujerea en dos días, ¡y mucho menos en silencio!

El inspector buscaba exasperado una explicación que nadie tenía. Durante un par de segundos pareció serenarse y miró a su alrededor. Buscaba respuestas en las fachadas sucias de tierra impresa, en el persistente olor a gas, en los coches aplastados como latas de conserva o en aquella cornisa que el Dodge presidencial había desgajado cuando ascendió más de cinco plantas impulsado por la violencia de los explosivos al estallar. Necesitaba indicios, pistas, un hilo del que tirar. Y en aquel momento lo único que tenía era un túnel y un manojo de cables que, con seguridad, habían servido para detonar una bomba. No era poco, pero era del todo insuficiente para sacar conclusiones.

JAVIER OLIVA

—¿Cómo coño lo han podido hacer? —masculló a uno de los policías de paisano que se había reunido con nosotros. También estaban con él los dos compañeros de la BPS y otro agente—. Si no han utilizado una mina anti tanque o un lanzagranadas, dime entonces cómo coño lo han hecho escondidos en esa conejera. Desde ahí apenas se ve la calle, ¡joder! Y menos con los coches aparcados en las mismas narices. Les ocultan la visión.

—Si el asesino apretó el botón ahí dentro ha tenido que resultar herido —le respondió el de la Brigada de Investigación Criminal—, y no hemos visto manchas de sangre por ningún lado. Al menos, de momento.

—Alguien tuvo que ayudarles desde fuera...

El abuelo me soltó el brazo y se acercó a ellos.

—Quizá esa marca en la pared les sirvió de referencia para provocar la explosión cuando el coche del Presidente pasara junto a ella —les interrumpió señalando un gran brochazo vertical de color rojo que manchaba el muro del convento—. No recuerdo haberlo visto ahí hasta hoy.

Uno de los gorilas de la BPS puso gesto de circunstancias. La idea no era descabellada. Barreda fue de nuevo contra el abuelo.

—Eres el listo de la clase, tanto que te pasas de la raya conmigo. Tenemos pendiente una conversación. Seguro que de aquí a esta tarde vais a hacer memoria. De momento, te libras de quedar detenido porque eres policía y tienes buena coartada. Así que vete al hospital o donde te salga de los cojones, pero ni se te ocurra jugar conmigo al ratón y al gato. ¡Ah!, y no se te olvide llamar al ministerio para dejar dicho dónde vas a alojarte a partir de hoy. Tu edificio está también muy dañado. Se te acabó eso de vivir entre gente decente. Te quiero localizable en todo momento —nos advirtió con dureza—. Ahora tengo que informar al general Blanco y al comisario Arroyo —y volvió a amenazarnos con el dedo mientras se dirigía hacia su coche—. Estoy seguro de que sabéis mucho más de lo que contáis. Y si no es así, es que eres un guardia de mierda.

No pude soportar una humillación más por parte de aquel energúmeno. Lo reconozco: se me soltó la lengua.

—¡No es el único policía de mierda que hay aquí! —le grité—. Los hay mucho más grandes aunque sean bajitos...

El abuelo me tapó la boca con la mano pero fue demasiado tarde.

LO QUE NO PUDO SER

Barreda abrió la portezuela del coche ante los gestos de asombro de sus compañeros y, por tercera vez en apenas media hora, dirigió hacia nuestras caras el índice de su mano derecha.

—¡Recuerda: localizado en todo momento, tú y tu zorrita comunista!